

Aitor Pescador Medrano

Francisco de Xabier

Nacimiento de un mito,
muerte de una nación



Título: Francisco de Xabier. Nacimiento de un
mito, muerte de una nación

Autor: Aitor Pescador Medrano

Portada y diseño colección: Esteban Montorio

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

Apdo. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703934

Fax 948 704072

txalaparta@txalaparta.com

<http://www.txalaparta.com>

Primera edición de Txalaparta

Tafalla, junio de 2006

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

© Aitor Pescador

Diseño gráfico

Nabarreraia gestión editorial

Impresión

Gráficas Lizarra

I.S.B.N.

978-84-8136-346-5

Depósito legal

NA-1515-06



*A Naty, por haberme enseñado a amar.
A Ibai, por haberme enseñado a vivir.
A todos los que aman esta tierra.*

[...] conforme nos acerquemos a esa fecha se intensificarán los ataques contra la vocación española de Navarra. Un hecho histórico cierto –la conquista de Navarra por el ejército del Duque de Alba, en cumplimiento de las órdenes recibidas de Fernando el Católico–, se convertirá por obra de los exegetas nacionalistas en una especie de genocidio o exterminio de los navarros por parte de los castellanos. De nuevo aparecerán los falsarios.

Del Burgo, Jaime Ignacio, *El ocaso de los falsarios*, 2000

Navarra se incorporó al proceso histórico de formación de la unidad nacional española manteniendo su condición de reino, con la que vivió, junto con otros pueblos, la gran empresa de España.

Amejoramiento del Fuero, 1982

Ocurrirá que tantas usurpaciones manifiestas como Nápoles, Milán, Navarra, Portugal y todas las Indias en general, expoliación de viudas y huérfanos, soborno de súbditos naturales contra sus reyes, de los hijos contra los padres y patria, de consecuencia guerras injustas, crueldades, insultos, ruinas, violencias, latrocinios y otras injurias suscitadas por las prácticas de España, maquiavélicas, condenadas por la ley de Dios y de los hombres, todo eso tendrá un día su retribución y su pago.

Joly, Bartolomé, *Viaje por España*, 1603

En esta línea una rancia teoría histórica local, haciendo de la necesidad virtud, afirma que, aunque hubo una conquista militar, la decisión de quedar anexionados a la corona de Castilla fue una libre decisión de las Cortes de Navarra de 1513.

Iriarte López, Iñaki, *Tramas de identidad, Literatura y regionalismo en Navarra (1870-1960)*, 2000

Los hombres cambian de buen grado de señor creyendo mejorar con ello, convicción que los lleva a tomar las armas contra él. Se engañan, dado que la experiencia les hace comprobar a posteriori que han salido perdiendo.

Maquiavelo, Nicolás, *El Príncipe*, 1532

Introducción

Francés de Xabier, Francisco de Xabier, Francisco de Jassu Azpilkueta, Francisco de Javier, incluso François de Xavier. Todos estos nombres y muchos más son los que se han utilizado a lo largo de la historia para definir a este navarro del siglo XVI. Incluso dependiendo del nombre que cada autor utiliza se puede conocer la tendencia política del mismo: para los euskaldunes será Francisco de Xabier, Frantses de Xabier o el recargado Francisco de Jassu y Azpilkueta; para los defensores de la españolidad del navarro, simplemente será Francisco de Javier. Muchas denominaciones, tal vez demasiadas, para una única persona. Como si aplicar un nombre diferente sirviera a cada autor para hablar de un individuo completamente diferente al de los otros historiadores.

Hoy en día Francisco de Xabier es patrón de las misiones católicas, juntamente con Santa Teresa de Lisieux y, desde que fue canonizado en marzo de 1622 junto con su amigo Ignacio de Loyola, santo de la Iglesia Católica. En este libro nada va a aparecer sobre estas cuestiones. De milagros y hagiografías se encarga la Iglesia, lo que aquí se va a buscar es al hombre, al navarro

que vivió con su familia, que se fue a estudiar a París, que estuvo predicando en Italia y que se pateó medio mundo tratando de conseguir sus objetivos.

Muchos han sido los autores que han trabajado la figura de Francisco de Xabier a lo largo de la Historia. Desde el suletino Juan de Tartas, en el siglo XVIII, hasta el jesuita alemán Georg Schurhammer, pasando por autores como Cros, Arturo Campión o Felix Zubillaga; las visiones que sobre Francisco ha habido son innumerables. Eso sin olvidar las biografías que los propios jesuitas escribieron al poco tiempo de la muerte del navarro, con el objetivo de guardar su memoria casi intacta.

También es cierto, que la magna obra de Georg Schurhammer, compuesta por cuatro voluminosos tomos, eclipsa a todas las demás y abarca la gran mayoría de los aspectos de la vida del navarro. Tras él, nuevos autores –en ocasiones con teorías diferentes– como Iñigo Indart, José María Recondo o Pedro Esarte han seguido trabajando sobre los múltiples matices de la figura del misionero navarro. En todo caso, es de suponer que con la llegada del quinto centenario de su nacimiento (2006), el número de obras relativas a Francisco de Xabier aumentará de forma considerable, ya que su vida y hechos dan para muchísimos libros más.

En total son 46 años de una vida intensa, plagada de viajes y de novedades. La infancia en el castillo de Javier durante la invasión castellana, su paso por la Universidad de París, la relación desde la lejanía con su familia, la conversión a los preceptos de Iñigo de Loyola, su trabajo en Italia y sus contactos con el mundo protestante, el viaje a Portugal, la marcha a la India o las misiones por Indonesia, Japón y China. Todas estas experiencias son las piezas de un enorme puzzle que unidas configuran la esencia de un hombre de su tiempo.

Por fortuna, gran parte de la experiencia vital de Francisco nos ha llegado a través de una fuente directa, en una serie de cartas que comenzó a escribir a partir de su marcha a la India. Estas misivas a sus compañeros de

la orden –de las enviadas a su familia sólo conocemos una– son la fuente directa que nos permite saber lo que Francisco pensaba, sentía y hacía.

Pero el libro se titula *Francisco de Xabier. Nacimiento de un mito, muerte de una nación*, porque justo en la época de Francisco se produjo uno de los acontecimientos más determinantes para la historia del pueblo vasco: la desaparición de su Estado. Ésta fue la llamada conquista de Navarra, la invasión, la voluntaria entrega, el pacto, la adhesión condicionada o la unión *eqüeprincipal*. Pues también la caída del Reino de Navarra en 1512 ha supuesto la generación de infinidad de términos que permiten definir, al gusto del consumidor, lo ocurrido durante aquellos años.

En este ámbito, la intención del libro es la de presentar al lector la situación del Reino de Navarra en el momento más crítico de su historia y generar una paralela a través de lo ocurrido a una familia principal del reino –los Jasso, Jassu o Jatsu– y a un personaje de la misma, que en la actualidad es reconocido a escala mundial: Francisco de Xabier.

Sobre la conquista de Navarra, el número de autores que han trabajado el asunto puede equipararse al de los que en su día estudiaron a Francisco de Xabier. El propio Campián, Prosper Boissonade y en los últimos años María Puy Huici, Pedro Mari Esarte, Alfredo Floristán o Álvaro Adot han sido historiadores que han trabajado con cuidadoso detalle uno de los momentos cruciales de la historia de Euskal Herria.

Ciertamente, éste no es un trabajo que busque el lamento constante por la pérdida de aquello que por derecho nos pertenecía, cosa de la que se nos acusa con excesiva asiduidad a todos aquéllos que seguimos afirmando que la invasión y conquista de Navarra fue un acto de violencia puro y duro. La realidad es la que es y de nada nos sirve quejarnos eternamente de nuestras desdichas. Pero conocer lo que nos ocurrió nos debería de permitir no cometer los mismos errores y comenzar a

recuperar nuestra conciencia histórica propia. Éste es, por lo tanto, un libro que busca susurrar al oído los múltiples, y a veces enrevesados, aspectos que hicieron desaparecer de la historia al Reino independiente de Navarra, para que recuperemos la conciencia de lo que fuimos y de lo que podemos llegar a ser.

Otra de las pretensiones que con mayor ahínco se ha buscado, es la de conseguir que la gente de la calle conozca y comprenda todos los acontecimientos que se produjeron alrededor de la conquista de Navarra y de la vida de Francisco de Xabier. No pretende ser éste un libro, como vulgarmente se dice un “tocho”, de historia pura y dura con infinidad de términos enrevesados y gran cantidad de aparato crítico. Tampoco es una novela histórica, ya que aquí no hay espacio para la imaginación. Es, simplemente, un libro para aquéllos que gustan de leer la historia de su tierra, pero sin tener que usar un diccionario para ello. Como siempre, habrá puristas del mundo académico que critiquen esta forma de hacer historia, pero resulta indispensable que aquéllos que trabajamos desde el mundo de las universidades empecemos a darnos cuenta de que no somos gurús poseedores de una verdad que el mundo no puede conocer en su totalidad por no estar preparado. Somos meros transmisores de lo que sucedió en el pasado y nuestra obligación es la de divulgar esta información tanto en el ámbito científico como en el popular.

Desde estas páginas no se pretende competir en el mundo académico, ni se quiere demostrar que su autor es el que más sabe sobre el tema, ni que es el más innovador en sus teorías sobre Francisco de Xabier. El gran objetivo de todo este trabajo es, simplemente, que la gente de la calle conozca tanto al personaje como a las circunstancias que lo rodearon. También es cierto que, a vuelapluma y echando un vistazo a escritos y declaraciones de personas no vinculadas con el mundo de la historia, queda patente que lo que se conoce sobre la figura de Francisco de Xabier es, poco más o menos, lo que se sigue enseñando en las clases de religión a los niños.

Realmente, siguen existiendo muchos mitos, imprecisiones y, sobre todo, desconocimiento.

Sobre la conquista de Navarra se ha escrito y leído mucho más y, como consecuencia, el asunto esta muy polarizado. También hay que reconocer que la mayoría de los trabajos realizados a día de hoy sobre la conquista son excesivamente técnicos y no atraen al gran público, con la pérdida de conciencia histórica que eso supone. Por otro lado, el tema de la conquista mantiene una vigencia intermitente en la Navarra actual, más si cabe cuando nos estamos acercando a su quinto centenario. Pero resulta doloroso ver cómo para nuestros vecinos de Bizkaia o Álava, la caída del reino de Navarra sigue siendo un elemento histórico ajeno a su realidad política actual, como si de algo antiguo y extraño se tratase.

Finalmente, algunos acusarán a este libro de estar politizado. Seguro que sí. Con este trabajo se pretende demostrar al lector que durante siglos se nos han estado contando las mentiras del vencedor y las necesidades del vencido, pero es que tratar de hacer un libro de historia carente por completo de cierta politización es un absurdo. Hasta en las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en nuestra tierra hay directrices políticas, o ¿caso nadie se ha dado cuenta de que en Navarra, por ejemplo, sólo hay catalogados yacimientos celtibéricos, romanos, visigodos y musulmanes sin la más mínima presencia de población autóctona en los mismos? ¿Dónde están los indígenas?

En nuestro país quedan muchas cosas por hacer en el ámbito histórico, hemos estado viviendo de la historia de otros durante siglos y aún nos encontramos en ese confuso período de tiempo en el que tenemos que empezar a configurar nuestra propia historia nacional. Sólo los inocentes compran libros de historia del gobierno de Navarra pensando en que, porque llevan el símbolo oficial de Navarra, carecen de tendencia política. Ante todo hay que ser realistas.

En definitiva, este trabajo pretende, desde la propia humildad del que lo escribió, acercar a los navarros y a toda la gente de Euskal Herria una realidad ocurrida hace casi quinientos años: la historia de un navarro de fama universal y la de su tierra.

*Un bilbaíno en la ciudad de Iruña,
el 11 de noviembre de 2005.*

I

Navarra.

De reino independiente a virreinato español

1. Una invasión calculada y una familia navarra

Navarra, un Estado en la Europa del siglo XVI

Hablar de la Europa del siglo XVI es hablar del nacimiento del Estado moderno tal y como lo conocemos hoy en día. Hablar de la Navarra del siglo XVI es hablar de los últimos doce años de independencia del reino y de una larga lucha por intentar recuperar la libertad.

En cuanto al continente europeo, podemos decir que Europa renació tras el aletargamiento producido por las constantes crisis de los siglos XIV y XV. Fue la época en la que surgió el Estado moderno con todos sus atributos, tanto positivos como negativos. También fue la Europa de los grandes reyes que no dudaban en mentir, engañar y traicionar a quien hiciera falta para conseguir mayores riquezas o territorios. Por supuesto que fue la época de Miguel Ángel, Rafael y de Leonardo Da Vinci; pero del mismo modo lo fue de Maquiavelo, los Médicis, los Borgia, Fernando el Católico y la Contrarreforma.

Algo muy a destacar es que fue en este tiempo cuando los hombres y mujeres de los diferentes reinos y señoríos comenzaron a tener conciencia de pertenecer a algo más que una familia. Había nacido en ellos el sentimiento de pertenencia a un territorio delimitado, que había sido y era gobernado históricamente por una serie de soberanos a los que reconocían como a sus señores temporales. Por otro lado, las grandes monarquías habían terminado de asentarse y pacificar, casi siempre con métodos violentos, a las noblezas levantiscas que desgarraban sus reinos con constantes luchas civiles.

Para los europeos se iniciaba también la conquista de nuevas tierras como América o África. Estos continentes, principalmente América, iban a convertirse en los receptores de los excedentes de población europeos, aunque primero habría que conquistarlos a sangre y fuego. Como es lógico, la creación de colonias permanentes en dichos territorios sirvió de plataforma para la llegada de nuevos contingentes humanos, que explotaron las riquezas de la tierra y acabaron con gran parte de su población nativa.

Europa se expandió de forma vertiginosa por estas nuevas tierras, desde las que se envió el suficiente oro y plata como para enriquecer a las Cortes europeas hasta niveles insospechados. Por desgracia, muchas de esas riquezas se gastarían en guerras y destrucción. Ciertamente, eran otras épocas y tampoco somos quienes para juzgarlos a la vista de cómo nos comportamos en la actualidad.

Este siglo XVI también fue la época en la que nacieron nuevas guerras de religión. Lutero inició su lucha protestante ante la corrupción de la Iglesia romana a finales de 1517. Pronto, como un reguero de pólvora, muchos príncipes vieron en la propuesta reformista de Lutero la posibilidad de debilitar el poder del Papa dentro de sus reinos. Así, y gracias al apoyo de varios soberanos europeos, la llamada Reforma se extendió a lo largo de toda Europa.

La reacción de la Iglesia católica frente a todas estas novedades no se hizo esperar. En un principio, se había considerado el tema de Lutero como una simple disputa entre monjes. Cuando se quiso reaccionar, el problema ya se les había ido de las manos. La llamada Contrarreforma, la reacción de la Iglesia oficial romana frente a los dichos del protestantismo, daría sus primeros pasos en el Concilio de Trento (inaugurado en 1545 y clausurado en 1564 tras varias interrupciones); aunque duraría muchos años más debido a las interrupciones que produjeron diversas guerras.

Un elemento interesante en todo este asunto, es reconocer que si la Contrarreforma pudo detener en cierta medida la expansión del luteranismo por toda Europa fue gracias a la constante labor de la Compañía de Jesús. Enemiga acérrima de los protestantes, la Compañía de Jesús llevó a cabo una intensa labor de oposición contra aquella nueva forma de religiosidad y, como buena orden del siglo XVI, quiso y supo utilizar todos los medios a su alcance para conseguir dichos objetivos.

En el ámbito religioso, ésa era la Europa que nacía en el siglo XVI y a la que Navarra accedía como un Estado independiente. En cuanto a la política, todos los reinos, tanto los grandes como los pequeños, comenzaron ese siglo con nuevas apetencias y necesidades.

En Castilla y Aragón, por ejemplo, los Reyes Católicos habían terminado por unir sus dos coronas para conseguir la tan ansiada unidad de España. El proyecto unificador de los reyes dio inmediatamente sus frutos: judíos y musulmanes se vieron obligados a abandonar el reino, la corona unificada se convirtió en toda una potencia de primer orden en el escenario europeo, la nobleza rebelde quedó aplastada y el proyecto de anexionarse Navarra y Portugal (por la buenas o por las malas), arrancó definitivamente.

Desgraciadamente, la muerte de Isabel la Católica en 1504 truncó algunos de estos proyectos. Castilla se quedaba sin su reina y su esposo Fernando no era muy

querido, por lo que los castellanos ofrecieron la corona a la hija de ambos y al esposo de ella, Felipe el Hermoso. Fernando el Católico tenía mucho que perder y poco que ganar en tierras castellanas, así que abandonó el reino y se marchó para su reino de Aragón. Una vez allí, decidió agradecer a los castellanos tantos esfuerzos por expulsarlo firmando un tratado de paz con Francia, la enemiga natural de Castilla, y casándose con Germana de Foix.

El matrimonio tenía un objetivo claro. Si Fernando conseguía un hijo de Germana, este niño sería heredero de la corona de Aragón y el famoso proyecto de unidad española se iría al garete. El niño nació, y durante las breves horas en las que vivió, en Castilla tocaron a muerto, en sentido metafórico, claro está. Para alegría de Fernando el Católico, también falleció por aquellas fechas Felipe el Hermoso y su esposa Juana la Loca, como su sobrenombre indica, no estaba en las mejores condiciones de gobernar. Así que los castellanos agacharon la testa y volvieron a llamar a Fernando. De 1507 a 1516 Fernando actuó como regente de Castilla y se dedicó a sus proyectos más inmediatos: incordiar a los franceses en Italia y conquistar Navarra. Tras él llegaría al trono Carlos de Habsburgo, rey de España (I) y emperador de Alemania (V), al que ya tendremos tiempo de conocer.

Francia era la segunda gran potencia de la época. Había conseguido solventar sus problemas internos y expulsar definitivamente de su territorio a los ingleses tras la famosa Guerra de los Cien Años. Sin embargo, los ingleses no habían perdido Calais, ni lo harían hasta 1558, y seguían reclamando la Guyena como una parte más de la corona británica. El gran monarca de esta época para Francia sería Francisco I, quien comenzó a gobernar a partir de 1515. Su política exterior, al igual que la de sus antecesores, se centró en los constantes enfrentamientos con la corona de España. Dos fueron los frentes en los que se combatió: Italia y Navarra. Las negociaciones diplomáticas, los enrevesados acuerdos alcanzados tras duras negociaciones que quedaban sin

ningún valor a los pocos días, la traición y el olvido de los aliados en momentos difíciles, los vaivenes en la política exterior y demás, serán los elementos primordiales de la dura lucha acontecida entre España y Francia. Evidentemente, los principales perjudicados iban a ser los pequeños Estados implicados: las repúblicas italianas y, sobre todo, Navarra.

En Inglaterra, Enrique VIII ascendía al trono con tan sólo 17 años. Hombre muy preparado para el arte de gobernar, supo mantener su reino unido frente a las novedades que él mismo iba a imponer en materia religiosa. Como buen príncipe del Renacimiento estuvo metido en todos los tratos y negocios diplomáticos que se dieron en Europa durante estos años, incluida la cuestión de Navarra. Como los soberanos de Francia o de Castilla, el rey de Inglaterra supo navegar por los complicados mares políticos de su tiempo y, cuando la ocasión lo requirió, no dudó en mentir o cambiar radicalmente de posición, abandonando a su suerte a sus aliados. Sin ir más lejos, Enrique VIII pasó de ser un adalid y defensor a ultranza del Papa, a un hereje y cabeza de una Iglesia protestante.

Al norte de la isla, el reino de Escocia sufría las mismas pretensiones anexionistas por parte de los ingleses que las que Navarra soportaba de Castilla. Destinos muy similares los de estos dos reinos que acabarían absorbidos violentamente por dos potencias expansionistas. Aunque de momento, y al igual que los soberanos navarros, los reyes de Escocia salían del trance apoyándose en la corona de Francia. En todo caso, ya le llegaría su hora.

Del Imperio Alemán, poco quedaba de lo que había sido durante la Edad Media. El emperador era elegido desde el siglo XIV por siete príncipes electores cuyo voto solía depender de la cantidad de dinero con la que se les había sobornado. Es decir, que quien accedía al trono era simplemente quien más dinero tenía en ese momento y no tenía porqué ser el más preparado ni el mejor candidato. A comienzos de siglo XVI, era emperador Maximi-

liano I de Habsburgo. Hombre de basta cultura y buen conocedor de los placeres mundanos no mantenía mucha constancia en sus proyectos, por lo que durante su mandato, la alta nobleza germana pudo vivir con relativa tranquilidad, mientras su emperador se dedicaba exclusivamente a mantener su elevadísimo tren de vida.

Lo que sí supo hacer Maximiliano fue generar una serie de enlaces matrimoniales que hizo de su estirpe, los Habsburgo, la familia que dominaría el mundo en los años siguientes. A su hijo Felipe el Hermoso lo casó con la heredera de Castilla y León, él mismo se casó con la heredera de los Países Bajos y el Franco-Condado, y en segundas nupcias con la sobrina del señor de Milán. Finalmente, negoció el matrimonio de su nieto Fernando con la heredera de Bohemia y Hungría. La consecuencia de todo ello fue la creación de un vasto imperio que iba a ser heredado por su otro nieto Carlos V.

En el este de Europa, las cosas no iban tan bien. Polonia y Lituania mantenían cierta estabilidad gracias a la poca fuerza expansiva con la que contaban por aquellos tiempos el imperio alemán y el Estado ruso. Sin embargo, más al sur, Hungría y Bohemia sufrían los embates del Imperio Turco. Con Solimán el Magnífico a la cabeza, los turcos se habían convertido en los amos del este de Europa durante los primeros años de la centuria. Belgrado cayó en sus manos en 1521, al año siguiente lo hizo la isla de Rodas, la misma suerte corrió gran parte de Hungría en 1526, llegando incluso a asediar Viena en 1529.

En cuanto a Italia, la península se hallaba dividida en pequeños Estados muy poderosos en el ámbito económico, pero siempre a merced de grandes potencias como Castilla, Francia o el Imperio turco. Muchos de los grandes conflictos de la época se provocarían por el deseo de alguna gran potencia por controlar Estados como Milán, Venecia, Nápoles o incluso el Vaticano. Y es que los Papas de esta época eran partícipes de todas las características de un príncipe del Renacimiento. Tenían su ejército, negociaban con otros reyes y príncipes, expan-

dían su territorio a base de guerras y negociaciones, mentían, asesinaban, compraban voluntades, etc. Maquiavelo fue, con su descripción sobre la personalidad de Alejandro VI, un fiel transmisor de lo que por aquella época suponía ser Papa:

Alejandro VI nunca hizo ni pensó otra cosa que no fuera engañar a la humanidad, y siempre encontró un pretexto para poder hacerlo. Y jamás hubo hombre que demostrase mayor eficacia en aseverar y asegurar con los más solemnes juramentos algo que no iba a cumplir. Sin embargo, sus engaños dieron siempre el fruto deseado porque conocía bien esta cara de la realidad.¹

Ésta era la Europa de los nuevos reyes. Jóvenes muy capacitados y con hambre de triunfos. La juventud queda demostrada al conocer los años con los que llegaron al poder: Carlos V fue rey de España en 1516 con tan sólo 16 años, Enrique VIII alcanzó el trono de Inglaterra en 1509 a la edad de 18 años y Francisco I se hizo con la corona francesa en 1515 con 21. Sobre sus ambiciones y hambre de triunfos, no hace falta explicar mucho, su fama les precede.

¿Y Navarra qué? No es nada fácil explicar la situación de Navarra en un tablero de ajedrez tan complicado. Se debe de simplificar al máximo todo lo ocurrido hasta poco antes de la conquista, para así poder alcanzar cierto grado de comprensión. Lo que sí debe de tener en cuenta el lector desde un principio es que Navarra, cuyos territorios (Navarra, Ultrapuertos, Bearne, Foix, Bigorra, Andorra, etc.) se situaban a ambos lados de los Pirineos y justo en medio de dos grandes potencias en expansión como eran Francia y España, se vio obligada a participar activamente de este complicadísimo juego de idas y venidas, de traiciones y de pactos que se estaba produciendo, pues era su única vía de supervivencia.

1. Maquiavelo, 2000, p. 126.

Tampoco se puede explicar lo ocurrido sin echar la vista unos decenios atrás. Por lo menos hasta el comienzo de la guerra civil en Navarra, incluso mejor hasta el reinado de Juan II y Blanca de Navarra, es decir, a partir de 1425. Juan II, el consorte de la heredera Blanca, era un hijo del rey de Aragón que por cuestiones familiares mantenía importantísimos intereses en Castilla. Para él, Navarra se iba a convertir en el pozo sin fondo del que sacar todo el dinero posible para sus guerras en Castilla y en la tierra que le permitiría durante muchos años ostentar el inmerecido título de rey. Evidentemente, no iba a soltar de sus fauces tan rica presa.

Juan II era el rey consorte, así que a la muerte de su esposa Blanca quien debería de haber recibido la corona era el hijo de ambos: Carlos, príncipe de Viana. Sin embargo, utilizando artimañas jurídicas y valiéndose de la poca iniciativa de su hijo, Juan II supo jugársela a todo el reino manteniendo la corona sobre su cabeza. Como si de un Saturno goyesco se tratase, Juan II fue capaz de devorarse a sus propios hijos. Primero Carlos, el Príncipe de Viana, y después, sus hermanas Blanca y Leonor fueron cayendo uno tras otro bajo las intrigas del padre. Este Juan II, cuyo único derecho al trono de Navarra era el de haberse casado con la heredera legítima; este Juan II que dejaría el reino en la ruina y con una guerra civil en todo su apogeo; este Juan II fue precisamente el padre de Fernando el Católico, su más aventajado alumno.

El recuerdo que los navarros guardaron de él lo encontramos unos años después, hacia 1479, cuando se decía en un documento escrito a la reina Leonor que, cuando Juan II se casó con la reina Blanca, el reino era rico y estable –«el más rico reyno del mundo de su tamaño», dice el texto–, mientras que a su muerte las arcas estaban agotadas y la tierra assolada por una guerra civil.²

Puede que el texto exagerase la situación del reino antes del advenimiento de Juan II, puede, pero lo que

2. Huici, 1993, p. 79.

sí resulta evidente es que la imagen que los navarros tenían de su reinado era desastrosa. De paso, también se puede recordar que, gracias a su intervención en las luchas por el poder en Castilla, este reino le había tomado a Navarra las villas de la Sonsierra Navarra.

Felizmente para el país, Juan II moría en 1479, pero el mal ya estaba hecho. Y éste no era otro que el de la ya citada guerra civil entre navarros. Para no alargar mucho el asunto diremos que todo comenzó tras la muerte de la reina Blanca en 1441, aunque poco le duró la tristeza al rey porque un par de meses después ya andaba buscando nueva esposa. Como ya se ha dicho, el heredero legítimo de la corona era Carlos, el príncipe de Viana. Sin embargo, Juan II jamás tuvo la intención de entregar la corona a su hijo, ya que la ambicionaba para él. La consecuencia directa de tal actitud fue la lógica; como el tiempo pasaba y Carlos no recibía la corona, el enfrentamiento entre padre e hijo acabó por producirse.

Más allá de las luchas armadas entre ambos, lo que Juan II y su hijo Carlos hicieron fue tratar de ganarse el apoyo de las diferentes familias de la nobleza navarra en una especie de carrera para demostrar quién tenía más apoyos. Evidentemente, para conseguir atraerse a los altos dignatarios navarros no quedaba más remedio que ofrecerles títulos nobiliarios, dinero, villas, propiedades y derechos que salían del patrimonio que los reyes tenían en Navarra. Un patrimonio que en realidad era como si hoy hablásemos del patrimonio del Estado, ya que en aquella época lo público y lo privado en el ámbito de los reyes se confundía con bastante facilidad. Así, poco a poco, el patrimonio regio fue desapareciendo en esta lucha por ganarse voluntades nobiliarias, debilitando en exceso a los reyes y fortaleciendo sobremanera a los grupos de notables.

Por su parte, toda la nobleza del reino se adhirió a uno de los dos partidos que nacieron como consecuencia del enfrentamiento entre padre e hijo. La historia los ha conocido como los “agramonteses” y “beaumonteses”, aunque no siempre siguieron las directrices que en la ac-

tualidad les suponemos. Hay que tener en cuenta que eran grupos de nobles que se movían por interés, su objetivo no era otro que el de engrandecer sus dominios y su poder como fuera, y si para ello había que traicionar a su señor natural, como así ocurrió en más de una ocasión, no dudarían en hacerlo.

Y claro, qué más podían desear las dos grandes potencias interesadas en Navarra (Castilla y Francia), que un reino revuelto por luchas civiles. A partir de entonces, el juego de ambas potencias se centró en apoyar a alguna de las facciones del interior y en presionar desde el exterior a una débil Navarra, incapacitada por sus males a defenderse en la medida en la que este escenario lo requería. Para poder entender la situación de Navarra entre los años que van desde la muerte de Juan II hasta la caída del reino, simplemente debemos de imaginarnos un acordeón en el que Castilla y Francia actuarían como las manos impulsoras del mecanismo del instrumento musical. Cuando Francia y Castilla mantenían relaciones cordiales entre ellos, el acordeón se extendía de forma que Navarra podía respirar con libertad. Esos momentos eran aprovechados, como veremos, por los monarcas navarros para poner orden en el interior del reino. Lo malo llegaba cuando castellanos y franceses se enfrentaban, cosa además muy habitual por aquellas fechas. Entonces, los lados opuestos del acordeón se cerraban constriñendo a Navarra, empujándola a firmar frenéticamente tratados de paz con ambas fuerzas para así evitar una invasión.

Es decir, que cuando ninguna de las dos grandes potencias intervenía en Navarra, el pequeño reino se regía más o menos en paz, mientras que cuando éstas metían mano en los asuntos navarros todo saltaba por los aires. Intervencionismo puro y duro, con el fin de agotar a un Estado independiente y así convertirlo en una colonia más. Hasta se tiene constancia de que ambas potencias intentaron repartirse amistosamente el reino en tres ocasiones. La parte norte del reino iría para Francia y la sur para Castilla, como es lógico. Primero lo ofreció Fer-

nando el Católico en 1483, después lo harían los franceses Carlos VIII en 1497 y Luis XII en 1509. El destino de Navarra estaba pactado de antemano.

La última de las hijas de Juan II, Leonor, moría en 1479 con el Estado completamente desgajado. En su testamento dejaba la corona en manos de su nieto y para su hermanastro Fernando el Católico nada en absoluto. Y es que ella había sufrido en sus propias carnes las ambiciones del que ya era rey de Castilla y Aragón.

Por aquellas fechas el Católico ya llevaba cuatro años interviniendo en la guerra civil navarra. En 1476 se había erigido como árbitro entre las disputas del conde de Lerín, don Luis de Beaumont –cabeza del partido beaumontés– y los propios reyes, que recibían el apoyo de los agramonteses. Pero poco se fiaban los navarros del monarca aragonés, más si cabe, cuando en el documento redactado para confirmar las paces entre ambos bandos a Fernando se le había ido la mano y se había intitulado como ¡rey de Navarra!

Los propios autores coetáneos del aragonés reconocieron en él el paradigma del príncipe del Renacimiento. Maquiavelo decía de Fernando lo siguiente:

Algún príncipe de nuestros tiempos, que prefiero no nombrar [todos los autores reconocen en esta cita a Fernando], no predica más que paz y lealtad siendo el mayor enemigo de ambas; sin embargo, si hubiese respetado alguna vez cualquiera de las dos, habría perdido la reputación y el poder.³

Lo peor de todo es que, a partir de entonces (1476), Navarra quedó prisionera de un rey extranjero. Desde esa fecha, y con la excusa de mantener la paz, Fernando el Católico exigió que las plazas navarras que seguían al conde de Lerín quedasen al cuidado de tropas castellanas. Villas y castillos tan importantes y estratégicos como Pamplona, Viana, Puente la Reina, Huarte Arakil,

3. Maquiavelo, 2000, p. 128.

Lumbier, Artajona, Larraga, Lerín o Mendavia, quedaron así bajo el cuidado de tropas extranjeras.

Algunos autores han querido llamar a esta invasión encubierta con el eufemismo de “protectorado” castellano. En realidad, esto fue simplemente la primera fase de una invasión premeditada y muy bien organizada.

La situación de Navarra era en esos momentos lamentable. Los reyes carecían del poder suficiente para controlar a Luis de Beaumont, conde de Lerín, ya que éste estaba protegido por las tropas castellanas. Mientras, Fernando se dedicaba a exigir a Navarra su implicación en las guerras que él tenía contra Francia, aún a sabiendas de que los territorios navarros al norte de los Pirineos corrían un gravísimo riesgo. Realmente, que algunos historiadores españoles sigan afirmando sin ruborizarse que la intervención de Fernando fue necesaria para pacificar el reino, cuando era él quien financiaba al principal autor de las revueltas nobiliarias, resulta cuando menos paradójico.

En todo caso, viendo que Navarra quedaba atada a sus designios gracias a la coacción ejercida por el conde de Lerín, el aragonés no quiso presionar más. A Fernando no le hacía falta nada más para controlar el reino a su antojo. Sin embargo, algo se escapó de entre los dedos del aragonés, algo que iba a suponer un nuevo giro en toda esta historia. Y esto fue el matrimonio de la heredera a la corona, Catalina de Foie, con Juan de Albret.

El castellano, y muchos navarros también, esperaban el matrimonio de Catalina con un hijo de los Reyes Católicos, para así acabar con la dominación y las amenazas castellanas. Pero las presiones de Francia –que también estaba jugando su partida en Navarra no lo olvidemos– hicieron que al final el elegido fuese el candidato de la monarquía francesa Juan de Albret.

A Fernando e Isabel esto no les gustó nada de nada, así que decidieron aplicar a Navarra un severo correctivo para que se acordasen de quién mandaba en aquella colonia encubierta. De nuevo la presión hizo acto de pre-

sencia y la monarquía navarra tuvo que plegarse ante nuevas exigencias españolas. Sin embargo, el matrimonio que se había proyectado desde Francia fue llevado a cabo.

Finalmente, tras numerosas obstrucciones por parte de los beaumonteses, Juan de Albret y Catalina de Foix, fueron jurados como reyes de Navarra en 1494. Lo hicieron gracias a que Fernando el Católico sujetó a su doberman beaumontés hasta ver cómo actuaban los nuevos monarcas. El aragonés tenía curiosidad por ver cómo se las arreglaban los nuevos soberanos y, sobre todo, quería ver cuál iba a ser su actitud frente a España.

También es cierto que, por aquellas fechas, a franceses y españoles les interesaban otros asuntos, como los problemas en Italia o el descubrimiento de un nuevo mundo; así que los reyes de Navarra se encontraron con la oportunidad de actuar según sus criterios y sin las exigencias del intervencionismo castellano o francés.

Libres como estaban los reyes de Navarra de toda presión exterior, decidieron poner orden en el reino. Su objetivo principal inmediato fue recuperar gran parte del patrimonio real que se había perdido durante la guerra civil. Pero esto chocaba directamente con uno de los grandes beneficiados de tal caos, que no era otro que el conde de Lerín. Como es lógico, Luis de Beaumont se sublevó de nuevo contra sus reyes. En poco tiempo, apoyado por tropas castellanas, ocupó Viana, Olite, Santacara y puso sitio a Puente le Reina. Los reyes reaccionaron con celeridad pidiendo ayuda a todos sus Estados. En el Bearn comenzaron a aprestarse los ejércitos que aplastarían al de Lerín cuando, de pronto, los Reyes Católicos empezaron a mediar en el asunto. Al parecer, no les interesaba que el conde saliese perdedor de este enfrentamiento y, visto lo visto, tenía las de perder.

Por estas fechas visitaba el reino de Navarra Jerónimo Müntzer, un viajero alemán que dejó constancia de aquellos enfrentamientos y de lo claro que tenían los re-

yes de Navarra que el verdadero origen del problema provenía de tierras castellanas:

Llegaron a la sazón unos mensajeros con nuevas de que el ejército del rey había tomado la ciudad de Olite que retenía el conde de Lerín. [...] No se posee el reino pacíficamente, porque el conde de Lerín le hostiliza de continuo y aun se sospecha que cuenta con la ayuda del rey de Castilla.⁴

En marzo de 1495 se firmaban las paces con los Reyes Católicos como garantes. El tratado no era del todo malo viniendo de quien venía. Por este pacto los reyes de Navarra se vieron obligados a perdonar al conde de Lerín y a sus aliados, su hija Magdalena debería de marchar a Castilla como rehén para ser educada allí, y se formalizaba una alianza con Castilla para impedir el paso de tropas francesas por territorio navarro.⁵

Por el lado bueno, el de Lerín era desterrado del reino y parte de sus villas pasaban a la corona. El poder del conde de Lerín era tal dentro del reino que el listado de villas que le obedecían es tan extenso como llamativo: Pamplona, Lerín, Larraga, Berbinzana, Allo, Baigorri, Arróniz, Mendavia, Sartaguda, Sesma, Cárcar, Andosilla, San Adrián, Artajona, Cirauqui, Monjardín, Dicastillo, Es-lava, Sada, Muniain, Azanza, etc. Simplemente impresionante. Ahora se quedaba sin ellas, pero era ricamente recompensado por su fidelidad –a los castellanos se entiende– con multitud de villas y beneficios en Castilla.

Desgraciadamente las plazas más importantes del noble expulsado quedaron de nuevo en manos de tropas castellanas. Resulta inconcebible cómo autores españoles y navarros pueden explicar esta intervención en un reino que no les pertenecía a los Reyes Católicos si no es a base de hipocresía y falsedades; salvo que con-

4. Mercadal, 1952, I, pp. 419-420.

5. Adot, 2005, pp. 154-155.

sideren que Castilla tenía derecho a actuar así por ser una potencia expansiva y colonialista.

Esa forma de pensar permite comprender lo ocurrido, pero de ninguna manera justificarlo, como se sigue haciendo hoy en día. El reino estaba preso en su propia libertad, ni siquiera podía juzgar a sus criminales más notables. ¿Para qué invadirlo si de momento no hacía falta? De momento.

Con el tiempo Francia y Castilla volvieron a estar en paz. Habían pasado tres años desde los pactos con el conde de Lerín y en cuanto los reyes de Navarra supieron de las buenas relaciones franco-españolas fueron a pedir a Fernando la devolución de las plazas controladas por sus tropas. Desde España se jugaba duro, aceptaron la entrega de las plazas, pero con la condición de entregárselas a su supuesto dueño, es decir, al conde de Lerín. Y Navarra tuvo que ceder.

El de Lerín volvió al reino como si nada hubiese pasado. Fernando había vuelto a colocar a su pieza clave dentro del reino. Por otro lado, en el nuevo pacto se estipulaba que los reyes navarros se obligaban a consultar a los de Castilla en caso de que quisieran casar a sus descendientes con personajes que no fueran de la familia real castellana. Lo dicho, Navarra estaba en ciernes de convertirse en una triste colonia.

Poco iba a durar la paz. En 1503 Francia y Castilla volvieron a las andadas por las guerras de Italia e implicaron de nuevo a Navarra en todo el asunto. Desde Francia se alentó la candidatura al trono de Navarra de Gastón de Foix, un primo de la reina Catalina, con la idea de desestabilizar a los Estados navarros del norte del Pirineo; mientras que desde Castilla se exigió un nuevo pacto por el cual el heredero al trono, Enrique, debería de casar con una nieta de los Reyes Católicos.

De nuevo un respiro. En 1504 moría Isabel la Católica, dejando como heredera de Castilla a su hija Juana. Como ya se ha dicho, su esposo Fernando se casó un año después del fallecimiento con Germana de Foix.

Cuestión importante para los navarros, porque su hermano era aquel Gastón de Foix que estaban usando los franceses para aspirar a la corona de Navarra. Fernando actuó así en venganza por haber sido casi expulsado de Castilla y para tener un hijo que se quedase con la corona de Aragón.

En Castilla, Fernando el Católico era visto poco menos que como un extranjero y, si por extranjeros era, los castellanos preferían al esposo flamenco de la reina Juana, Felipe el Hermoso. Evidentemente, el hijo del emperador Maximiliano no dudó en asumir de inmediato sus funciones de rey de Castilla y las cosas cambiaron notablemente para Navarra, ya que el nuevo soberano era proclive a mantener buenas relaciones con los reyes navarros.

Con Fernando anulado y pactando con los franceses para evitar conflictos y con una Castilla que veía ahora a Navarra como una aliada y amiga, los reyes decidieron volver a poner orden en sus Estados. Pero de nuevo el conde de Lerín arremetió contra la autoridad de sus reyes. Esta vez la jugada le salió rematadamente mal, lo que demuestra que sin el apoyo castellano este noble nunca hubiera podido perturbar la paz de Navarra tal y como lo hizo.

En marzo de 1507, el año de la libertad, los reyes iniciaron una campaña en toda regla para derrotar a los leales de Luis de Beaumont. La victoria fue aplastante y el reino fue puesto en orden. La situación llegó a preocupar tanto a los castellanos que de nuevo cambiaron de posición y trataron de negociar el perdón del conde de Lerín. No les interesaba una Navarra excesivamente fuerte e independiente.

Por su parte, Fernando volvió de Italia para ver cómo su aliado más cercano en Navarra era expulsado del reino sin nada que poder hacer por él. Fernando, recién instalado de nuevo en el trono castellano, quedó a la espera de los acontecimientos. A finales de 1508 moría en el exilio don Luis de Beaumont, pero su hijo, con el mis-

mo nombre que el padre, acabaría el trabajo que su antecesor había iniciado.

Antecedentes de una gran familia navarra. Los Jassu y los Azpilkueta

El solar originario de la familia de los Jassu, Jatsu, Jasso, Yatsou o Jaso –pues de todas esas formas se ha escrito el nombre de la familia– se encuentra en la tierra de la Baja Navarra. Son muchas las grafías y la forma de expresar el apellido de esta familia, pero tal vez por respeto a las tierras en donde nació, la forma más adecuada debería de ser la de Jassu. Y es que la grafía de la localidad en euskara es Jatsu, que es la trascipción más ajustada a la fonética de sus moradores al denominar a dicha población, pero esa misma fonética dio Jassu, eso sí, pronunciando la J como Y.

En esa población de Jassu, muy cercana a San Juan de Pie de Puerto, tenía la familia un caserío, que aún se conserva hoy en día, llamado Etxeberri. Curiosamente, el nombre del castillo de Javier también proviene sin dudarlo del euskara Etxeberri, pero en su día debió de sufrir la típica evolución fonética que sufren los topónimos vascos en tierras castellanizadas.⁶ En todo caso, ambas propiedades no pertenecían a la misma familia. Es simplemente una casualidad del destino. Para algunos será lógica, ya que la cantidad de Etxeberri que existen es casi similar a la cantidad de casas nuevas que se construyen, para otros un simple accidente que le añade tintes de romanticismo a la historia.

De aquel caserío procedía Pedro de Jassu, un hidalgo navarro –es decir, un hombre libre, cuya limpieza de sangre le permitía poder acceder a escalafones más altos dentro de la sociedad nobiliaria medieval– que en

6. Del Etxeberri euskérico al Javier castellano se produce la siguiente evolución: aféresis de la e- inicial y desaparición de la vocal final (txeberr), además de una diptongación en -ie- de la -e- tónica (txabier) y, finalmente, cambio de la palatal fricativa representada por «x» en la laríngea actual representada por «j». (<http://www.geocities.com/Athens/Delphi/3925/nombres/javier.htm>).

1435 había recibido del rey un cargo menor en la administración real. Desde ese año Pedro abandonó su casa natal para trabajar e instalarse en la capital de la región, San Juan de Pie de Puerto.

Sus tres hijos tendrían destinos diferentes, pero quien nos interesa ahora es Arnalt, el segundo de los hermanos, porque será el abuelo de Francisco de Xabier. Arnalt Pérez de Jassu no se quedó en la capital de la Baja Navarra aspirando a cargos menores. Por el contrario, decidió emigrar a Pamplona, ya que la capital del reino era una buena base para engrandecer los horizontes profesionales. Una vez asentado en la capital del reino tuvo la fortuna de entrar al servicio del Príncipe de Viana.

Unos años después, en 1441, se casó con Guillermina de Atondo, lo que le supuso la entrada en uno de los escalafones más altos dentro de la nobleza navarra y, de paso, le permitió acceder a nuevos cargos en la administración civil gracias a su suegro.

Arnalt había mejorado mucho su posición social desde su llegada a Pamplona, estaba trabajando como Oidor de la Cámara de Cuentas para el que debía de ser en un tiempo el rey de Navarra y se había casado con una noble señora cuyos contactos familiares le estaban abriendo las puertas de la alta sociedad navarra. Arnalt iba medrando poco a poco, pero con paso seguro.

Sin embargo, y por desgracia para sus intereses, la guerra que enfrentó al Príncipe de Viana con su padre Juan II supuso para Arnalt la obligación de apoyar a uno de los dos bandos y, como agramontés que era, rápidamente entregó su espada al rey de Navarra Juan II, lo que en cierta medida supuso una traición hacia quien había sido su señor durante los últimos años, el Príncipe de Viana.

En 1455, Arnalt intervino de forma directa en dicha contienda prestando dinero al monarca navarro, y por ello consiguió los derechos de peaje de las villas de Sant Pelay y Garriz, además de convertirse en miembro

del Consejo del rey y en Maestre de las Reales Finanzas. Todo esto le permitió ir generando un patrimonio compuesto por palacios y tierras que permitiría a sus sucesores aspirar a los más altos cargos de la administración civil navarra. La semilla estaba plantada.⁷

El abuelo de Francisco de Xabier moría hacia 1475, cinco años después de ver cómo su hijo primogénito, Juan de Jassu, había conseguido el título de doctor en Derecho Canónico por la Universidad de Bolonia. El que sería padre de Francisco de Xabier iniciaba así una brillante carrera profesional, que lo llevaría a convertirse en uno de los hombres de mayor peso político en los últimos años de vida del reino de Navarra.

Una vez doctorado, las puertas de la administración navarra se abrieron de par en par para Juan de Jassu. Sólo la terrible inestabilidad política producida por el enfrentamiento entre agramonteses y beaumonteses iba a obligar a que Juan de Jassu se involucrase en cuestiones políticamente muy arriesgadas. Bien es cierto, que ya con anterioridad él y su padre Arnalt habían estado implicados en sucesos tan graves como la apertura de las puertas de Pamplona en favor de los agramonteses (1471), lo que había supuesto uno de los mayores enfrentamientos entre las facciones que se disputaban el poder en Navarra. Este hecho ocurrió cuando no hacía ni un año que Juan se había doctorado en Bolonia y tuvo como consecuencia directa el exilio que sufrieron en Tafalla padre e hijo, a la espera de que las aguas se calmasen en la capital.

Poco tiempo después, antes incluso del fallecimiento de su progenitor, Juan de Jassu ya había accedido al mismo puesto que su padre tenía en la Administración navarra: Maestre de las Reales Finanzas. Sin embargo, su preparación universitaria y su capacidad de trabajo pronto lo iban a situar por encima de todo aquello que,

7. Gallastegui Ucin, 2003, p. 56.

hasta entonces, había supuesto el perfil profesional de la familia Jassu.

A partir de esas fechas, su contacto directo con los diferentes soberanos navarros le permitieron ir labrándose un prestigio económico y social de primer orden. En 1478, el rey le concedió ciertos impuestos y derechos sobre la villa de Idocin, lo que le permitió erigir allí su palacio señorial y adquirir el título de Señor de Idocin. Los lugareños, beaumonteses convencidos, nunca aceptaron como señor al odiado agramontés, por lo que las relaciones entre el señor y sus vasallos siempre fueron conflictivas.

Si en años anteriores la vida y prestigio de Juan de Jassu habían ido mejorando de forma notable, el año de 1483 iba a suponer un hito en su evolución como hombre influyente del reino. Por un lado, llevó a cabo las intensas negociaciones con la reina madre y la heredera de la corona de Navarra para conseguir que Catalina de Foix se casase con el hijo de los Reyes Católicos. Pese a que las negociaciones fueron un fracaso, su actitud le hizo ganarse la simpatía y confianza de sus propios señores y de los castellanos.

Por otro lado, en ese año Juan de Jassu se casó con María de Azpilkueta, una de las jóvenes más codiciadas del momento, porque en ella confluían las herencias de dos de las familias más prestigiosas y poderosas del reino como eran los Azpilkueta y los Aznárez de Sada.

El padre de María, Martín de Azpilkueta, pertenecía a una familia baztanesa que se había expandido hacia Sada, Javier, Lezaun, Cáseda o Echagüe gracias a su actividad como militares. Además Martín había ido ganando prestigio por su fidelidad a los monarcas navarros en el conflicto entre las familias agramonteses y beaumonteses. Por todo ello, y como recompensa a sus servicios, tuvo a su cargo el control del castillo de Monreal hasta el fin de sus días.

En todo caso, Martín no era el primogénito de la familia, con todo lo que eso suponía en una estirpe nava-

rra que mantenía las tradiciones pirenaicas de entregar al primer hijo todo el patrimonio, así que tuvo que buscarse la vida y conseguirse un buen matrimonio. La elegida para esta ocasión fue Juana de Sada, que se había convertido en la heredera del castillo de Javier por el fallecimiento de varios de sus hermanos.

La fortuna también sorprendió al segundón de los Azpilkueta con el fallecimiento sin herederos de su hermano mayor, por lo que pasó a sus manos el palacio de la familia, situado en Azpilkueta, y el resto de heredades que pertenecían a la rama principal de la familia.

Pero, como ya se ha dicho, a quien pertenecía realmente la villa, las tierras y el castillo de Javier desde el siglo XIV era a la familia de los Aznárez de Sada, es decir, a la abuela materna de Francisco. Juana de Sada era descendiente de una de las familias de más rancio abolengo dentro del reino, llegaban incluso a presumir de estar emparentados con la familia real, y daba al enlace, además de un prestigio nobiliario, una importante serie de posesiones a lo largo y ancho de la geografía de Navarra.

Su antecesor, Adán de Sada, había recibido en 1236 del rey Teobaldo I el castillo de Javier en pago a su colaboración durante los primeros tiempos de su reinado. Desde entonces la familia ostentó el título de señores del castillo de Javier y dominó las tierras que lo circundaban, unos 10 kilómetros cuadrados, en forma de coto señorial donde ellos eran quienes ejercían la autoridad y cobraban los impuestos.

Juan de Jassu aportaba al matrimonio el señorío de Idocin, pero María de Azpilkueta aportaba posesiones tan importantes como el castillo de Javier, el palacio de Azpilkueta, heredado tras la muerte sin sucesores de su hermano y, sobre todo, un carácter indómito y rebelde que heredaron sus hijos. Por desgracia, no se sabe mucho más de la madre de Francisco salvo que debió de nacer hacia 1464 y que parte de su infancia transcurrió en Sangüesa.

Además, si por parte de su padre Francisco de Xabier y sus hermanos recibían todos los honores de la nobleza denominada de servicio –implicada de forma directa en los puestos y la administración del reino–, por parte de su madre heredaban todas las características de la denominada nobleza militar. Pronto se verá que los hijos de María de Azpilkueta seguirían más las tendencias belicosas de esta rama de la familia que las de la rama paterna.

En definitiva, la familia de los Jassu-Azpilikueta se contaba entre las más influyentes del reino y estaba emparentada con la gran mayoría de las casas nobles de Navarra. No es de extrañar por lo tanto, las largas listas de familiares, tanto próximos como lejanos, que suelen aparecer en los relatos sobre Francisco de Xabier y que complican de forma espectacular cualquier intento de explicar los orígenes familiares del que sería el primer santo navarro (sobre San Fermín habría mucho de qué hablar).

Una vez casados, Juan de Jassu pudo ostentar los títulos de señor de Idocin, Azpilkueta y Javier. Su fama dentro de la Corte siguió aumentando, lo que le convirtió en un embajador de confianza para las misiones diplomáticas más complicadas. En 1494 marchó con otros embajadores del rey de Navarra a Medina del Campo para negociar un tratado de paz con los Reyes Católicos. Al año siguiente estuvo presente en la confirmación de nuevos tratados firmados entre Castilla y Navarra y fue nombrado para el importante cargo de presidente del Consejo Real.

Tampoco descuidaba las cuestiones familiares. Por esos años envió a su hija primogénita, Magdalena, a servir como doncella de la reina Isabel la Católica con el claro objetivo de situarla en una buena posición para un matrimonio ventajoso –acabó como monja en el monasterio de las Clarisas en Gandía–, y en 1499 adquirió los lugares de Subiza, Ibiricu, Zizur Mayor y otras tierras por una importante cantidad de dinero.

Ciertamente, estos fueron años de relativa tranquilidad para Navarra y para la familia de los Jassu. Los beaumonteses habían sido casi anulados y las alianzas con el rey de Francia, el Papa y el emperador permitieron a los navarros aflojar un poco la tensión producida por la presión y las constantes intervenciones castellanas. Por todo ello, Juan de Jassu pudo aprovechar el momento y dedicar parte de sus ingresos a mejorar las instalaciones del castillo de Javier, construyendo varios edificios nuevos y más confortables para la gran familia que estaba creando.

1506. El nacimiento de Francisco de Xabier

Del enlace matrimonial entre Juan de Jassu y María de Azpilkueta nacieron al menos cinco hijos de los que tres fueron varones y dos niñas. En realidad, éstos son los que sobrevivieron, porque hay que recordar que por aquellas fechas el número de niños nacidos era muy alto, pero su mortandad elevadísima.

La mayor de todos era Magdalena. Como ya se ha dicho, en 1494 fue enviada a la Corte de Castilla para ser educada allí y prepararla para un buen matrimonio que engrandeciese aún más el prestigio familiar. No nos debe de extrañar tal actitud para con las mujeres de la familia, pues cada hijo que nacía en una familia noble del siglo XVI, ya fuera en Castilla, en Navarra o en Alemania, tenía un papel determinado dentro del gran proyecto que suponía el engrandecimiento de las posesiones y el prestigio de la familia.

Por lo que cuentan las crónicas debió de tener varios pretendientes de cierta importancia dentro de la nobleza castellana, sin embargo, ella prefirió la vida religiosa y en los primeros años del siglo XVI ingresó en el Monasterio de las Clarisas de Estrecha Observancia de Gandía.

Pese a que su ingreso fue voluntario, no parece que los primeros años de la monja fuesen precisamente felices. La dura vida conventual no se había hecho para una joven muchacha acostumbrada a la buena vida de la cor-

te castellana y tuvo bastantes problemas para adaptarse. Al parecer, un sueño le hizo cambiar de opinión y desde entonces su vida quedó dedicada a la oración y al sacrificio, hasta el punto de que acabó siendo la abadesa del convento.⁸

La diferencia de edad entre Magdalena y su hermano Francisco hizo que éste no llegara a conocerla, pero su intervención en un momento de crisis familiar, lo veremos a lo largo del libro, convirtió a Magdalena en una de las personas que influyó de manera más decisiva en el destino final de su hermano pequeño.

De su otra hermana sabemos que se llamaba Anna y que nació hacia 1492. No se tienen muchas más noticias sobre su vida salvo que se casó con Diego de Ezpeleta, señor del palacio de Beire, localidad cercana a Olite.⁹

El primer varón de la familia se llamó Miguel, tomaría el nombre de Miguel de Xabier, y debió de nacer hacia 1495. Está claro que la diferencia de años que había entre él y Francisco, casi once, iba a suponer una cierta barrera a la hora de las relaciones entre los hermanos. Baste como ejemplo pensar que en 1516 Miguel ya contaba con 21 años y luchaba contra la invasión española, mientras que su hermano Francisco sólo tenía 10 y vivía en el castillo de Javier bajo la tutela de su madre. No ocurriría lo mismo con su hermano Juan, al que Miguel sólo llevaba dos años y con el que compartiría muchísimas jornadas de trabajo, amistad y lucha. Tanto de Miguel como de su hermano Juan hablaremos largo y tendido al referirnos a los sucesos ocurridos durante los largos y belicosos años que transcurren de 1516 a 1524, cuando ambos lucharon juntos en los intentos por recuperar la libertad de Navarra.

Cuando la derrota de los patriotas navarros se hizo efectiva en 1524, a Miguel no le quedó más remedio que

8. Schurhammer, 1992, I, pp. 222-223.

9. Orella, 2003, p. 44.

seguir a todos sus compañeros de armas y aceptar el perdón de Carlos V. Él era el heredero del castillo de Javier y sería el encargado de administrar la pesada carga de la familia. Pero la holgura económica de la que habían disfrutado los Jassu-Azpilkueta en los años anteriores ya no era tal, y como familia perteneciente al bando de los derrotados tuvo que soportar los desaires y menoscabos que contra ellos llevaron a cabo tanto los invasores, como aquellos navarros que se aprovecharon de su situación de debilidad.

Mal que bien supo llevar las riendas de la familia y casó en 1527 con Isabel de Goñi. El resto de sus días los gastó en interminables procesos contra los de Idocin, Zizur y otras poblaciones que se suponía debían rentarle buenos dividendos, pero que se negaban a pagar lo que por ley estaban obligados.

Nunca se libró del todo de los problemas económicos, teniendo incluso que vender algunas partes o derechos que pertenecían al mayorazgo de la familia y que, por lo tanto, no deberían de haberse enajenado. Miguel moriría en 1542 a la edad de 47 años dejando el señorío a su hijo Miguel, pero la prematura muerte de éste haría que la herencia pasase a su hija Anna y a su esposo.

El otro hermano, Juan de Azpilkueta, debió de nacer hacia 1497, por lo que la diferencia de edad con Francisco también resulta notable. En realidad su historia fue muy similar a la de su hermano mayor, al menos hasta 1524. Pero una vez vueltos ambos a Javier, el segundón decidió buscar fortuna por cuenta propia como hacían la mayoría de los hermanos menores en aquella época.

Por la promesa que había hecho Carlos V de perdonarles la vida y de devolverles sus cargos, a Juan de Azpilkueta le correspondió un sueldo como Oidor de la Cámara de Comptos. Curiosamente, era el mismo trabajo que durante años habían llevado a cabo su abuelo y su bisabuelo. Sin embargo, las promesas del emperador no siempre se cumplían y Juan nunca accedió a tal cargo. A cambio se le nombró capitán con su sueldo correspon-

diente y, al igual que su hermano, se le concedió un asiento en las Cortes de Navarra.

Su vida económica fue bastante más desahogada que la de su hermano Miguel, por lo que se sospecha que fue él quien ayudó económicamente a Francisco en los momentos difíciles que éste iba a pasar en París. También es verdad que supo casarse con una rica viuda navarra, lo que le permitió fijar su residencia en Obanos y Puente la Reina, manteniendo un nivel de vida más elevado que el de su propio hermano mayor. En 1555 compró al arzobispo de Valencia el señorío de Pozuelo, situado cerca de Tafalla, convirtiéndolo en un mayorazgo propio para su familia, aunque no pudo disfrutar mucho de su nueva adquisición porque murió al año siguiente.

Y ya sólo nos falta el más pequeño de los hermanos. Francisco de Xabier nació el 7 de abril de 1506 en el piso alto del castillo de Javier, llamado "Palacio Nuevo" y al parecer la zona mejor acondicionada de todo el castillo, cuando su madre contaba ya con la edad de 42 años. Todos los cronistas recuerdan que era el Martes Santo de aquel año y que su padre tuvo la fortuna de estar presente en el feliz alumbramiento.

No era muy habitual que el doctor Juan de Jassu pasase largas temporadas en el castillo de Javier. Sus funciones de presidente del Consejo Real y de embajador de los reyes de Navarra lo solían mantener o en Pamplona o en largos viajes como representante del reino en otras Cortes extranjeras. Pero justo aquel año las fechas coincidieron con unos días en los que no se celebraban juicios en Pamplona, lo que hoy entenderíamos como unas vacaciones de Semana Santa, por lo que Juan de Jassu se encontraba descansando en su castillo cuando María de Azpilkueta se puso de parto. Es más, este ritmo de paros vacacionales debió de ser el causante de la concepción de Francisco, ya que si descontamos los nueve meses preceptivos, las fechas coinciden casi por completo con el período de vacaciones de verano que había disfrutado el doctor Jassu en agosto de 1505.¹⁰

En todo caso, la presencia del doctor fue mera casualidad y la responsabilidad de la educación y cuidado de Francisco, Francés para la familia, recayó directamente en su madre María de Azpilkueta. Para María este niño debió de ser un último golpe de fortuna para poder disfrutar de su maternidad y, con toda seguridad, lo aprovechó.

Se puede sospechar que la influencia de su madre sobre Francisco no debió de ser del todo beneficiosa, convirtiéndolo en un niño caprichoso, travieso, voluble e inmaduro. Desgraciadamente, los relatos que hablan de la infancia de Francisco de Xabier están tan mediatizados por lo que hizo a posteriori, que resulta muy difícil llegar a alguna conclusión. Lo cierto es que nació alejado de sus hermanos, en lo temporal y muy cercano a su madre en lo sentimental.

Una pista a este respecto tal vez nos la dé el hecho de que Francisco fuera el único de los hijos de María de Azpilkueta que al firmar situaba a ambos lados de su nombre tres líneas horizontales cortadas por tres verticales, de la misma forma que lo hacía su madre. Francisco fue el único de sus hijos que conservó a lo largo de los años dicha rúbrica, cuyo origen e influencia es claramente materna.¹¹

Nada más nacer, Francisco fue entregado a una nodriza para que ésta le diese su leche como era la costumbre de la época. Su bautizo se llevó a cabo en la iglesia parroquial cercana al castillo, sobre una pila bautismal que se conserva hoy en día, y allí quedaron colgadas las vestimentas que lució para tal ocasión como mandaba la tradición.¹²

De sus primeras lecciones para aprender a leer y escribir debió de ocuparse su propia madre, pero muy pronto la instrucción pasó a las manos más preparadas

10. Fortún, 1999, pp. 1-2.

11. Indart, 2000, p. 18.

de los curas de la iglesia parroquial de Javier. Con ellos, debió de aprender sus primeros rudimentos de latín y las principales nociones de la variante navarra del castellano, porque no cabe duda de que, teniendo una familia que provenía de tierras tan vascófonas como Ultrapuertos y el Baztán, el euskara fue su primera lengua.

No tiene ninguna lógica que una familia como la de los Jassu-Azpilkueta hubiese perdido su lengua natal, más si cabe cuando por aquellas fechas una importante parte de la población Navarra aún era vascófona cerrada. Por poner un ejemplo, eso hubiese hecho imposible la comunicación entre los pastores del Roncal que pasaban por las tierras de Javier y los propios señores del castillo. A saber cuántos de los súbditos o trabajadores que cultivaban los campos molían el grano en el molino, recolectaban los frutos de los árboles, pescaban en los ríos o cuidaban los caballos para el señor de Javier, no sólo en la zona de Javier, eran vascoparlantes. Seguramente, el número era más elevado de lo que se piensa y, desde luego, no parece muy lógico que los señores de Javier anduviesen constantemente con un traductor a su lado para poder comunicarse con sus siervos.

No se sabe con exactitud dónde pudo estudiar Francisco durante su infancia y primera juventud. Algunos hablan de Sangüesa, en donde había vivido unos años su madre, otros afirman que en Pamplona porque la familia poseía varias casas allí y, además, era la capital del virreinato, tampoco faltan los que hablan del monasterio de Leire e incluso del de Urdax. Como ya se ha dicho antes, lo que sí parece seguro es que parte de su educación la recibió gracias a la labor de los clérigos de la casa parroquial de Javier.

Estos sacerdotes estaban vinculados directamente a la familia propietaria del castillo, quienes incluso se encargaban de redactarles las normas de convivencia. A modo de ejemplo curioso se pueden citar algunas de

12. Schurhammer, 1992, I, p. 13.

estas ordenanzas que obligaban a los clérigos de la parroquia a seguir una vida estricta y ordenada. Fueron propuestas por la familia de los Jassu-Azpilkueta, al parecer de profundas creencias religiosas, para aquellos curas que convivían con ellos y que administraban la parroquia cercana al castillo de Javier.

En las mismas se dice que los sacerdotes deberían emplear su tiempo libre en cosas como pescar o cuidar el huerto cercano a la iglesia, pero no jugar ni a los dados ni a las cartas y mucho menos perder el tiempo en conversaciones inútiles. Tampoco se debía permitir que mujer alguna viviese en la casa parroquial, a menos que fuese una anciana de más de 60 años y siempre que se alojase en el piso inferior. En cuanto a la comida, se les exigía que comieran con toda la moderación posible y en silencio, guardando además los períodos de ayuno. Estas constituciones eran un fiel reflejo de lo que los sacerdotes de una iglesia parroquial no debían hacer, y luego se hacía. Tal vez no en Javier, tal vez no esos curas, pero si se escribieron dichas normas, por algo debió de ser.

Pero la vida de Francés no era sólo estudiar. Un noble navarro de aquella época también debía de ejercitarse en la esgrima, la equitación y los deportes. Al parecer, en el castillo de Javier había mucha afición a jugar a pelota y Francisco debió de jugar sus buenos partidos siempre que pudo.¹³

Tras la muerte del padre en 1515 Francisco tuvo que espabilarse rápidamente. Sus hermanos comenzaron a intervenir en todas las sublevaciones que por la libertad de Navarra se fueron sucediendo y eso lo iba a convertir en el único varón descendiente de Juan de Jassu en el castillo de la familia. Ya contaba con casi diez años cuando pudo sentir la amargura del derrotado, al ver en 1516 cómo se registraba todo el castillo para buscar papeles comprometedores para la familia –que por su-

13. Schurhammer, 1992, I, p. 39.

puesto fueron encontrados—. Francisco de Xabier también estuvo presente el día en el que los españoles derribaron las defensas del castillo de Javier y, todavía tuvieron que agradecerles que no derribasen las viviendas familiares por completo ya que ésa era la orden del cardenal Cisneros.

Junto a sus hermanos, trató de reorganizar el patrimonio familiar tras el perdón de 1524. El mozo ya contaba con casi veinte años y en numerosas ocasiones acompañó a sus hermanos mayores a la hora de perseguir a aquéllos que trataban de aprovecharse de los pastos del castillo sin pagar el dinero correspondiente o acudió con ellos a juicios y a pleitos en los que se encontraba inmersa la familia.¹⁴

Pero su madre tenía planes para él. Con dos soldados en la familia ya era suficiente, y Francisco era el elegido para seguir los pasos de su padre y su abuelo. Francisco de Xabier debía ir a la universidad para conseguir el título de doctor y así aspirar a los altos cargos que la Administración navarra podía ofrecerle. También existía la posibilidad de acceder a algún cargo eclesiástico de importancia pues en la familia ya había varios ejemplos y para una mujer tan religiosa como María de Azpilkueta el tener un hijo dentro de la Iglesia debía de suponerle una gran alegría, por lo que Francisco de Xabier fue tonsurado hacia 1525.

La tonsura era el acceso para iniciar una carrera eclesiástica de provecho, no significaba que Francisco se convirtiera inmediatamente en un sacerdote, sino que dicha puerta quedaba abierta al haber recibido ya esa primera condición. En todo caso, tal acto no debe de hacernos suponer que Francisco vio inmediatamente la luz y que decidió su destino en aquel momento. Muchos jóvenes de la nobleza eran tonsurados por aquella época como una vía para poder aspirar a los cargos que la Iglesia ofrecía, pero resulta evidente que no todos acabaron ni de sacer-

14. *Ídem*, p. 87.

dotes ni de monjes. Según todos los autores, Francisco debió de ser tonsurado poco antes de su marcha a la universidad, quizás en el mismo verano de 1525.¹⁵

El destino de Francisco de Xabier estaba decidido. En primer lugar, iría a estudiar a la universidad, luego ya se vería si acababa como presidente del Consejo del rey o como obispo de Pamplona, pues se podía aspirar a todo.

La conjura castellana... y francesa

Habíamos dejado a Navarra con cierta tranquilidad tras la expulsión del conde de Lerín en 1507 y su posterior fallecimiento. Poco iba a durar la alegría ya que el rey de Francia Luis XII andaba también con ganas de entrar en los asuntos navarros y de quedarse con la parte norte del reino. Sin mucha imaginación por su parte preparó dos acciones paralelas para atacar a los navarros. Por un lado renovó su apoyo a Gastón de Foix en sus aspiraciones a conseguir la corona de Navarra y por otra armó al conde de Lerín con hombres y pertrechos para que estuviese al acecho.

Los reyes de Navarra apelaron al único aliado que les quedaba, el emperador Maximiliano, quien consiguió que Francia no llevase a cabo ninguna acción armada contra el reino. Sin embargo, el francés se reservó el derecho de iniciar cuantas acciones legales estuviesen en su mano para conseguir lo que deseaba. Finalmente, a inicios de 1510 un tribunal francés, ordenó la confiscación de los bienes de la casa real de Navarra situados al norte de los Pirineos. El enfrentamiento legal se iniciaba e iba a durar mucho tiempo.

Por su parte, Fernando el Católico volvió a regir los destinos de Castilla a partir de 1507, una vez fallecido su yerno Felipe y a la espera de que su nieto Carlos terminara de formarse en tierras flamencas. El aragonés reini-

15. Fortún, 1999, p. 17.

ció de inmediato su hostigamiento contra Navarra, pero al carecer ya de fuerza dentro del reino navarro decidió que la única forma para poder acabar con el asunto era a través de una invasión pura y dura.

La operación no era nada fácil. Había que hacer los preparativos, buscar excusas, generar alianzas que aislaran a los navarros, comprar voluntades dentro del reino, preparar al ejército, etc. Todo eso llevaría su tiempo, pero Fernando tenía muy claro qué había que hacer para conseguir su objetivo. Había que atacar desde tres frentes:

–Desde dentro activando de nuevo al conde de Lerín.

–Desde fuera consiguiendo el apoyo internacional necesario y del Papa las bulas oportunas para poder atacar a Navarra, convirtiendo así la agresión en una guerra justa.

–Ideológicamente generando toda una teoría de la conquista de Navarra como un paso más dentro de la unidad de España.

El frente interno

En julio de 1509 Fernando dio la orden a su capitán general en la frontera de Navarra para que ayudase al conde de Lerín a iniciar nuevos ataques contra tierras navarras. La idea de Fernando era volver a sembrar el caos en el reino. El conde atacaría las plazas fronterizas y, en la medida de lo posible, las conquistaría. La misma táctica que el reino de Castilla había puesto en práctica desde el año 1200 y que tan buenos frutos le había dado con el tiempo.

El asunto era secreto, nadie debía enterarse de que Fernando era el que volvía a subvencionar los ataques; pero un Luis de Beaumont, borracho de euforia por volver a sus actos de piratería, se lo contó a todos sus amigos. Es más, comenzó a dar órdenes de atacar abiertamente y de asaltar las plazas navarras sin piedad. Fernando no quería publicidad y este ataque del conde de Lerín podía precipitar las cosas sin tenerlo todo bien atado. Las tropas que se estaban preparando en Gipuz-

koa para apoyar al conde recibieron la noticia de no actuar, el capitán de la frontera con Navarra fue avisado para que detuviese los ataques del beaumontés y el propio conde de Lerín recibió una carta personal de Fernando en la que se incluía lo siguiente:

[...] parece que queréis entender este negocio de otra manera que conmigo quedasteis concertado y no debéis de exceder de aquello que en ninguna manera, mayormente estando la otra parte, por la manera y poco secreto que se ha tenido en el negocio, tan avisada y prevenida. Antes debéis agora disimular.¹⁶

La bronca, aunque sutil, demostraba que quien dirigía todo el asunto era Fernando el Católico y nadie podía salirse de sus directrices. De paso, la carta es lo suficientemente esclarecedora como para entender la verdadera situación a la que se enfrentaba Navarra. En la misma misiva, un poquito más adelante, se le aconsejaba de nuevo al de Lerín que de nada servía atacar el reino:

sino yendo a ellos poderosamente, y esto no se ha de hacer agora, y no lo haciendo de esta manera, en lugar de aprovechar podría ser recibiera alguna vergüenza.¹⁷

El de Lerín tendría que tener paciencia, el amo preparaba algo más que un ataque a pequeña escala.

El frente externo

Fernando el Católico necesitaba generar una serie de alianzas que le permitiesen enfrentarse a Navarra de forma eficaz y que de paso anulasen a los aliados de los navarros, principalmente a Francia. Tras intensas negociaciones, el rey de España consiguió su objetivo primordial: aliados.

Fernando promovió una alianza internacional contra Francia en lo que se dio en llamar la Liga Santa. Ésta fue formada en 1511 y sus principales componentes eran

16. Huici, 1993, p. 64.

17. Lacarra, 1975, p. 541.

España, Inglaterra y el Vaticano. A cada uno de ellos les prometió su parte de beneficio en dicha alianza. El Papa conseguía expulsar definitivamente a los franceses de Italia y Enrique VIII recuperaría la Guyena para Inglaterra. En lo público, los intereses de Fernando eran los de salvaguardar a la cristiandad de sus peligros. Altruismo puro. En privado, su jugada era la de aislar a Francia para, de paso, debilitar los apoyos de Navarra.

Con Enrique VIII de Inglaterra llegó a un acuerdo en febrero de 1512 para atacar la Guyena. Tropas inglesas atacarían desde Gipuzkoa mientras que él lo haría desde Navarra, exigiendo primero el paso de sus tropas por dicho reino. Los navarros no podrían negarse porque el ataque se hacía en nombre de la Liga Santa y cerrarle el paso a las tropas castellanas era ofender directamente al Papa.

En todo caso los ingleses no las tenían todas consigo y se olían que Fernando no estaba muy dispuesto a atacar a Francia. Pero no podían perder la oportunidad que se les estaba ofreciendo y arribaron al puerto de Pasaia el 8 de junio de 1512. Allí se quedaron esperando la orden de ataque que nunca habría de llegar.

Otra cosa eran las negociaciones con el Vaticano. Fernando buscaba obligar a los navarros a permitir el paso de las tropas castellanas por el reino. En caso de no acceder a este movimiento de tropas por su territorio deberían ser excomulgados por el Papa al ser aliados de su enemigo el rey de Francia y enemigos de la Liga Santa. De nuevo la estrategia de Fernando se ponía en marcha. Él sabía perfectamente que Navarra no podía dar permiso al paso de un ejército extranjero por sus tierras, era un peligro en toda regla y también sabía que Francia no iba a consentir que Navarra se convirtiese en un aliado directo de Castilla. Las bulas de excomunión que se iban a emitir, en caso de que Navarra se negase al paso de las tropas, permitían a Fernando convertir una invasión ilegal en un acto moral y de legalidad intachable, al menos en apariencia.

Sin embargo, Fernando estaba nervioso, las dichas bulas no llegaban y el ejército ya estaba preparado. Esto le obligó a seguir negociando con los reyes navarros la posibilidad de transitar por su territorio, había que alargar el asunto hasta conseguir los documentos que le permitiesen atacar; mientras volvía a apremiarle al Papa en una carta en la que le decía: «A Vuestra Santidad no le cuesta más que pergamino y tinta».¹⁸ Como veremos, las bulas no llegaron a tiempo.

En cuanto al Papa en cuestión, como autoridad moral que regía los destinos de la cristiandad, dejaba mucho que desear. Julio II ya era cardenal a los 28 años gracias a su tío el Papa Sixto IV, que lo encumbró entre los príncipes de la Iglesia; todo quedaba en familia. Tras ser elegido Papa, por cierto en el cónclave más corto de la historia, dejó de lado a sus tres hijas y se centró en llevar a cabo una política de guerras y enfrentamientos contra todos aquéllos que osaban ponerse frente a él, principalmente Francia, país cuyos intereses en Italia resultaban muy molestos para el Papa. Nunca abandonó del todo los placeres del sexo y ello tuvo sus consecuencias. El Viernes Santo de 1508, su maestro de ceremonias informó a los asistentes que no se permitiría besar los pies de Su Santidad: *quia totus erat ex morbo gallico ulcerosus*, es decir, que se encontraba completamente infestado por la sífilis.

Desde su llegada al poder Julio II mantuvo unas relaciones nefastas con la corona francesa. A tal punto habían llegado los enfrentamientos entre ambos Estados, que el rey de Francia convocó un concilio ecuménico en la ciudad de Pisa para provocar un cisma dentro de la Iglesia católica. El concilio fue un fracaso, pero iba a servir de excusa a Fernando el Católico para acusar a Navarra de haber apoyado dicho cisma, cosa completamente falsa, y predisponer al Papa contra Navarra.

18. Huici, 1993, p. 38.

En definitiva, a Navarra la iba a excomulgar un Papa violento, corrupto y sifilítico. Ésta es la potestad celestial de la que emanaron las famosas bulas de excomunión contra los reyes de Navarra y que sirvieron como excusa a Fernando “el Católico” y a sus sucesores para convertir el reino independiente de Navarra en una colonia más de la corona de Castilla. Por cierto, quien visite la Capilla Sixtina encontrará un retrato de él en el friso principal de la misma, en la parte inferior derecha, ya que Miguel Ángel quiso inmortalizarlo... con cara de diablo.

Que en el siglo XVI, y otros posteriores, se justificase la invasión de Navarra gracias a la existencia de dichas bulas resulta hasta lógico, dado el miedo que existía en aquellos tiempos a la crítica directa contra los inquilinos del Vaticano; pero que en pleno siglo XXI haya autores que se aferren y defiendan la legalidad de dichos instrumentos, suena cuando menos irónico. Habría que pensar que las bulas del Papa se publicaron más para devolverle ciertos favores a Fernando el Católico, sobre todo su ayuda contra el enemigo francés en Italia, que por un verdadero sentimiento religioso en contra de los reyes de Navarra. Seguramente, que si éstos hubiesen podido ofrecer al Papa más tierras o más dinero que el aragonés, las bulas jamás hubiesen existido.

Por otra parte, el listado de grandes señores y monarcas excomulgados a fines del siglo XV y comienzos del XVI era tan numeroso como llamativo. En realidad, la excomunión no era sino un arma arrojadiza utilizada por un príncipe temporal que gozaba además de ciertos atributos divinos. Era muy habitual que todos los enemigos políticos de los Papas cayeran bajo la excomunión y éstos no le hicieran el menor caso –Enrique VIII, Lorenzo de Médicis, la ciudad de Venecia, algunos reyes de Francia, etc.

En todo este asunto de las bulas, de las que hablaremos en su momento, nos basta recordar que un historiador como Luis Suárez, especialista en Fernando el Católico y ferviente defensor de la unión de Navarra a Castilla, no utiliza para nada en sus trabajos las famosas bulas

papales como elemento justificativo de las acciones castellanas. Seguramente tiene clara conciencia de que defender la conquista de Navarra sobre la base de las bulas y del Papa que las emitió, supone dar a los defensores de la ilegalidad de tal acto infinidad de argumentos en su contra. De sobra sabe este autor y otros que han trabajado la figura de el Católico, que en su día entre él y su padre encargaron fabricar una bula falsa para que su matrimonio fuese legal, ya que Isabel y él eran hijos de dos primos hermanos. Resulta del todo inimaginable que Fernando no estuviese enterado de la falsificación, era su boda. En consecuencia, si se atrevió a tal delito en su propio casamiento, qué no podría hacer para conquistar un territorio que deseaba desde hacía tiempo.

El frente ideológico

En la Castilla de finales del XV y comienzos del XVI ya circulaba la idea de que los únicos monarcas con derecho a unificar la península Ibérica eran los herederos *directos* de la monarquía visigoda, es decir, los reyes de Castilla-León. Para ellos el proyecto de la Reconquista había finalizado en su fase de expulsión de los musulmanes de tierras peninsulares, pero aún quedaba una etapa por finalizar, la reunificación de los Estados cristianos independientes de la península.

La vía debería ser la menos traumática, los matrimonios entre reyes era una buena solución, pero llegado el caso se usaría la fuerza, ya que ancestrales y divinos derechos permitían a Castilla unir todas las tierras hispanas a pesar de que ellas no lo quisieran.

Lo escrito a fines del siglo XV por Diego de Valera, cronista y ferviente colaborador de los Reyes Católicos, es una buena muestra de esta línea de pensamiento. En su libro *Doctrinal de Príncipes*, redactado en 1476 –curiosamente, el año en el que Fernando el Católico tuvo el desliz de intitularse como rey de Navarra–, Valera afirmaba con todo el convencimiento del mundo que los Reyes Católicos iban a ser los que devolverían a España

la unidad territorial perdida por sus antecesores los reyes visigodos:

E si a todo príncipe el saber conviene, a vos más que a otro, muy humano señor, es necesario, de quien es profetizado de muchos siglos acá, que no solamente seréis señor destes reinos de Castilla e de Aragón, que por todo derecho vos pertenecen, mas avréis la monarchía de todas las Españas e reformaréis la silla imperial de ínclita sangre de los Godos donde venís, que de tantos tiempos acá está esparcida e derramada.¹⁹

A éste le siguieron un buen número de autores (Juan López de Palacios Rubios, Luis Correa, Antonio de Nebrija, etc.), que se encargaron de buscar, según esta teoría, infinidad de excusas para justificar la invasión de Navarra. Gregorio López Madera (1597), buen exponente del nacionalismo español nacido al calor de las conquistas y el dominio del mundo, se dedicó en Valladolid a escribir sobre el origen de los caudillos que iniciaron la guerra contra el dominio musulmán de la península, llegando a las siguientes conclusiones:

A buena fe, y por la necesidad que tuvieron de tomar caudillo que los defendiese, pero que nunca fueron los legitimos reyes, porque aviendo ya señor y rey propietario, que fue hecho en todo del derecho de los Godos, como descendiente suyo, deste solo avia de ser toda la monarquía, y señorío de España, o por lo menos el supremo, como siempre lo pretendieron los Reyes de Leon, y de Castilla, sucessores de don Pelayo.²⁰

No podemos perder detalle de estas palabras. Sólo Pelayo podía ser elegido rey y sucesor de los godos, el resto eran caudillos reconocidos como reyes, simplemente por la necesidad del momento. Que quede bien claro, el *copyright* y todos los derechos de la idea eran exclusivos de los castellanos, el resto no eran sino vulga-

19. Nieto, 1999, p. 42.

20. Leoné, 2004, p. 225.

res copias obligadas a desaparecer frente al poderío de Castilla.

La trampa había sido diseñada con gran inteligencia. Durante años, los cronistas medievales navarros (y catalanes, y portugueses) se vieron atraídos por la magnífica teoría de recuperar la España de los visigodos. El ser heredero de aquella monarquía daba un pedigrí a la realeza, que de ninguna otra manera podía conseguirse –frente a esto poco podía valer el presentar a un montañés como Iñigo Arista como cabeza de la dinastía– y además abría las puertas a la conquista de las tierras dominadas por los musulmanes.

Todos los monarcas navarros sin excepción gustaron de buscar, más bien imaginar, sus antecedentes en la monarquía visigoda de Toledo, reconociendo que su derecho a reinar provenía de ellos, sin darse cuenta de que aquéllos que animaban esa moda no esperaban otra cosa que el momento adecuado, cuando tuviesen la suficiente fuerza para aplastar a los demás, para erigirse como la única monarquía legítima.

Si los propios autores castellanos son los que nos aclaran esta artimaña y que la monarquía navarra no era sino un vulgar sucedáneo predestinado a acabar absorbido por la única y verdadera monarquía ¿qué hacen entonces tantos autores españoles y navarros defendiendo el visigotismo de la monarquía pamplonesa?

Las respuestas a estas teorías tan españolas provienen evidentemente de autores no afines a esta corriente ideológica. Pero, por desgracia, en Euskal Herria la historia la han escrito habitualmente, salvo honrosas excepciones, autores proclives a la monarquía española, creando toda una escuela historiográfica basada en los etéreos vínculos que relacionan a las monarquías medievales hispanas con el unificado, al menos en teoría, reino visigodo de Toledo.

No es de extrañar, por tanto, los lamentos de fray Juan Bautista de Alarcón, quien en 1628 escribía lo siguiente:

Es lamentable que en Reyno que ha dado principio a otros muchos, y en quien concurren tantas calidades, ayan [sus naturales] andado mendigando por tan largos siglos en autores estrangeros, que por engrandecer sus cosas disminuyen las nuestras.²¹

Las palabras del navarro fray Juan tienen, tristemente, una gran pervivencia en la actualidad. En muchos casos se ha ido incluso a peor, porque nadie puede negar que hoy en día no son autores extranjeros quienes engrandecen la historia de otros disminuyendo la nuestra.

Por otro lado, pocos fueron los autores vascos o navarros que durante los siglos XVI y XVII se atrevieron a criticar abiertamente la supuesta herencia de los visigodos porque, en esencia, ése era el elemento primordial para justificar la unidad de la todopoderosa corona de España. En todo caso, sí hay que advertir que algunos escritores negaron esos vínculos con los godos. En 1607 un guipuzcoano de Zumaia afincado en México escribía con todo el desprecio del mundo hacia estos germanos, a los que consideraba unos bárbaros enemigos de los vascones:

Algunos an querido atribuyr a la nación de los Godos el origen y prosapia de los Reyes de Nauarra, y Aragon: ignorando en esto como en lo demas que queda dicho, el valor y esfuerzo de nuestra nacion, y fin echar de ver, que treinta y cinco años antes que se perdiere el Imperio de los Godos en España, trayan guerra con mis Bascones que son los Navarros, tan sangrienta y cruda, quanto de muy atras travada y emprendida, y que es de creer, conocida nuestra condicion y naturaleza, que si no nos enfrenara la piedad Christiana, y el daño comun, sin duda fuera muy suave a nuestros corazones, su destruccion y total ruina: de donde se deve inferir que aviendo de escoger caudillo, como lo hizimos, que no auiamos de hechar mano, de quien tan pocos años atras auian sido nuestros enemigos mortales, y de estraña y remota nacion como eran Los Godos. Cuya nacion fue siempre opuesta y contraria a la

21. Cit. Leoné, 2004, p. 213.

nuestra, desde los tiempos que ocuparon y sujetaron a los Franceses Aquitanicos, nuestros vecinos. De donde nos perfigieron e hizieron todo el daño y mal posible, porque no les dexamos entrar en España, por estas nuestras provincias de Cantabria, y lo continuaron por mas de ciento e fenta años.²²

A los pocos años le seguía en esta aventura Juan de Sada, quien en 1628 volvía a tratar sobre el tema, demostrando que los autores navarros no estaban tan convencidos de que la historia visigoda fuese con ellos. Cualquiera podría acusar a estos autores de nacionalistas si no fuera porque vivieron casi 300 años antes del nacimiento oficial del nacionalismo vasco. Juan de Sada, que pese a todo defendía la españolidad de Navarra, apuntaba lo siguiente sobre los afamados godos:

Los godos fueron gente estrangera que vinieron de la Escandi, o Escandinavia [...], y atravesando el Danuvio, y a Italia y Francia, ganando y usurpando tierra entraron en España [...], es llano, fueron los Godos injustos poseedores della, y la tuvieron usurpada, y que por esta parte, ni decendencia suya, no pudo tener drecho a estos Reynos Pelayo, ni con justo titulo ser elegido Rey.²³

No sin cierta ironía, se puede decir que todos estos textos deberían de aprendérselos de memoria aquéllos que con tanto ahínco siguen defendiendo hoy en día que la monarquía nacida en tierras navarras era la heredera directa de la monarquía visigoda de Toledo. Como hemos visto, son los propios autores españoles los que niegan dicho vínculo, declarando insistentemente que la única monarquía heredera de los visigodos, y por lo tanto con todo el derecho del mundo para reinar en toda España, es la corona de Castilla. Por otro lado, algunos autores de nuestra tierra ya comenzaban a negar aquel invento que no había servido sino para someterse al poderío castellano.

22. Cit. Esarte, 2004, pp. 24-25.

23. Cit. Leoné, 2004, p. 226.

En definitiva, y a la vista de todos estos datos, se confirma que las cosas no pintaban nada bien para Navarra a comienzos de 1512. Por todo ello, los reyes iban a iniciar las negociaciones oportunas para apaciguar a los dos leones enfrentados. Francia y Castilla estaban al borde del conflicto armado en la frontera y la más perjudicada iba a ser, sin duda alguna, Navarra. Había que negociar con los dos.

Sin embargo, aún faltaba la última vuelta de tuerca en el enredo internacional. En abril de 1512 moría en la batalla de Rávena Gastón de Foix, el famoso aspirante al trono de Navarra que había recibido todo el apoyo del rey de Francia, y por el que se mantenía desde 1510 el dicho litigio sobre los Estados navarros situados en el norte de los Pirineos. Para Francia la situación se volvía terriblemente complicada, pues para incordiar a los reyes de Navarra habían estado apoyando la candidatura de Gastón como rey de Navarra y habían solicitado para él las tierras navarras ultrapirenaicas. Pero ahora, lo que había sido el eje de la estrategia francesa frente a Navarra se volvía directamente contra ellos, ya que quien heredaba los derechos de Gastón era su hermana Germana, es decir, la esposa de Fernando el Católico.

Uno se puede imaginar los nervios de la Corte francesa por querer hacer desaparecer cualquier huella del apoyo que de su parte había recibido el citado Gastón de Foix. Ahora había que recular y amistarse con los reyes de Navarra para evitar que Fernando el Católico reclamase para sí los derechos y las tierras que los franceses habían estado exigiendo desde 1510. Con una Francia dispuesta a negociar las cosas serían más fáciles, sólo quedaba apaciguar al rey de la corona castellana.

2. 1512. La invasión de Navarra

Navarra ¿Una guerra preventiva del siglo XVI?

Como historiador no puedo negar que el uso del término “guerra preventiva” es un anacronismo similar a

decir que el hombre en la Edad Media era machista o que los emperadores romanos eran poco democráticos. Sin embargo, como comunicador de una idea considero que utilizar este tipo de semejanzas ayuda a comprender lo sucedido hace cinco siglos en Navarra. Que la gente de hoy en día pueda identificar términos y actitudes del pasado a través de hechos actuales ayuda en gran medida a la labor del historiador. Así pues, en este caso resulta preferible sacrificar en cierta medida la labor histórica para potenciar la comunicativa, más aún cuando los elementos a estudiar son tan similares que permiten su comparación.

Nos conviene hacer una recapitulación de los hechos. A comienzos de 1512 Fernando el Católico ya estaba preparando el ataque definitivo contra Navarra. Al Papa se le habían solicitado las bulas necesarias para legalizar la agresión en caso de que los navarros no permitiesen el paso de las tropas de la Liga Santa; el conde de Lerín estaba preparado desde hacía tiempo para entrar en Navarra; las tropas castellanas al mando del duque de Alba sólo esperaban la orden para intervenir y desde junio iban a estar los ingleses en Gipuzkoa, amenazando el costado francés e impidiendo que Navarra recibiese ayuda de su aliado.

Por su lado, desde Navarra se mandaban constantes embajadas para negociar con Fernando el Católico, quien exigía a Navarra el permiso necesario para poder atravesar el reino con su ejército, aun a sabiendas de que eso resultaba del todo imposible. Los navarros sospechaban lo que iba a ocurrir. Si las tropas castellanas entraban en el reino irían tomando las principales plazas y castillos con la excusa de asegurarse el tránsito y, así, Navarra moriría de una muerte dulce, casi en silencio. Napoleón utilizaría una táctica parecida cuando en 1808 con la excusa de ir contra Portugal, fue dejando tropas francesas por toda España de tal forma que al poco tiempo el control del país quedó en sus manos sin que la monarquía española pudiese hacer nada al respecto.

Al negarse, Fernando tenía la excusa perfecta para atacar Navarra, ya que él hablaba en nombre de la Santa Alianza. Pero como los navarros seguían evitando el enfrentamiento directo, y aún no le habían llegado las bulas del Papa, comenzó a pedir cosas imposibles de cumplir para los navarros como por ejemplo que a él se le entregasen las plazas de Estella, San Juan de Pie de Puerto y Maya, y al rey de Francia las del Bearne. En suma, dividir el país.

Sus peticiones eran cada vez más disparatadas con el claro objetivo de que los navarros no pudiesen aceptarlas; simplemente estaba ganando tiempo. Entre otras de las muchas condiciones que quiso imponer Fernando por aquellas fechas, se puede constatar la de volver al viejo protectorado colonial español del siglo pasado o que las tropas de Navarra se dividiesen en dos, una parte lucharía con la Liga Santa y otra, las del Bearne, del lado de Francia. Absurdo, es como si hoy se pidiera que de Madrid para abajo las tropas luchasen junto a los palestinos y de la capital para arriba se pusiesen del lado israelí.

El 13 de junio de 1512 las tropas al mando del duque de Alba se acantonaban en Vitoria a la espera de órdenes. Desde Navarra se enviaba inmediatamente una embajada compuesta por dos de los hombres más destacados del reino, don Pedro, el Mariscal de Navarra, y Juan de Jassu, el padre de Francisco de Xabier. Los embajadores llegaron a Burgos el 20 de junio con la intención de negociar con el rey de Castilla. En esta ocasión ofrecieron impedir el paso de tropas francesas por territorio navarro, impidiendo de esta forma un ataque francés desde Navarra. La embajada fracasó.

No se dieron por vencidos los navarros y enviaron una nueva embajada a mediados de julio de 1512. Esta compuesta por el Mariscal, don Pedro de Navarra, y por Alonso de Peralta, conde de Santesteban. De nuevo ofrecieron facilidades al soberano castellano para evitar el conflicto. Los embajadores navarros, al límite del des-

quiciamiento, prometieron a Fernando, además de todo lo anterior, la entrega de Maya, Monreal y Larraga. En dichas plazas se pondrían alcaides navarros designados por una comisión navarro-castellana. Si las fortalezas no eran de su gusto Fernando podía elegir otras. Más no se podía ofrecer. Los embajadores se quedaron a la espera de la respuesta.

La jugada de Fernando el Católico estaba siendo la de un verdadero maestro. Había creado una alianza para luchar contra Francia, cuando en realidad quería invadir Navarra. Había implicado a los ingleses consiguiendo de ellos un ejército que, en caso necesario, atacaría a Francia desde Gipuzkoa. Y a Navarra le había exigido el paso de su ejército para poder atacar a los franceses –y hay que tener en cuenta que la frontera hispano-francesa es lo suficientemente extensa como para poder atacar, por ejemplo, desde Catalunya– advirtiéndoles de que la negativa tendría nefastas consecuencias en el ámbito internacional.

La presión castellana era cada vez mayor y Francia se convertía en una esperanza para volver a conseguir el tan deseado equilibrio entre ambas potencias. En este caso la inocencia de los monarcas navarros les suponía la pérdida del reino, pues Francia estaba en muy malas relaciones con el Papa y aliarse con ella era ir directamente contra la Liga Santa. Así la firma del llamado Tratado de Blois debería de verse, como un intento desesperado de Navarra para zafarse de la presión castellana. Desgraciadamente, iba a ser como echar gasolina para apagar un fuego.

El famoso Tratado de Blois no era sino la consecuencia de las negociaciones bilaterales llevadas a cabo entre Francia y Navarra. El reino navarro vivía una situación profundamente complicada al tener que bregar con la presión española y no descuidar los intereses de la corona francesa, que podía reaccionar con la misma violencia que su compañera peninsular.

Dicho tratado no distaba mucho de otros que se habían firmado a lo largo de ese siglo. Era contradictorio, confuso y hasta en algún apartado absurdo, muy del gusto de los monarcas del momento, que los firmaban casi siempre sin mucha convicción. Entre sus capítulos más destacados, fiel reflejo de sus contradicciones, se recogen aquéllos en los que Navarra se comprometía a hacer la guerra a los ingleses y sus aliados, en este caso Castilla, o el que definía expresamente que Navarra era neutral y no permitiría el paso de tropas francesas por su territorio.

Todos los autores han reconocido que el tratado, pese a sus implicaciones, era un intento más de Navarra por afianzar su neutralidad, evitando el conflicto con Castilla y con Francia, pero la verdad es que la firma de este documento iba a permitir a Fernando el Católico su uso como una arma arrojada en contra de los monarcas navarros.²⁴

El 18 de julio de 1512 los embajadores navarros en Blois firmaban, en el más absoluto de los secretos, el famoso tratado defensivo. Sin embargo, el 17 de julio, es decir, el día anterior, Fernando el Católico hacía pública una versión de dicho tratado. Ningún historiador ha podido demostrar hasta hoy la existencia de internet en el siglo XVI, por lo que sólo cabe suponer que Fernando estaba enterado de las negociaciones franco-navarras, sus espías tenía para ello, y que simplemente fabricó, a su gusto y necesidades, una versión de dicho tratado. Con dicho engendro podría poner en la picota a los navarros al acusarlos de ser aliados de un enemigo del Papa y de querer invadir Castilla.

Lo que nos cuenta la historia española es que el citado documento fue encontrado por un monje en el cadáver de un secretario del rey de Navarra que se había ido de putas por Pamplona. Buena manera de guardar un

24. Adot, 2005, p. 243.

secreto. La cuestión es que la rocambolesca historia sirvió para demostrar a la opinión pública que el documento era verdadero.²⁵

Las diferencias entre el documento original y el presentado por Fernando eran más que sutiles. Principalmente, se convertía en una alianza agresiva contra Inglaterra y Castilla. A Navarra se le acusaba de buscar con el pacto la invasión de España quedándose con Gipuzkoa, Los Arcos, Laguardia, Balaguer, Ribagorza y otros sitios del país que Navarra consideraba como suyos.

Mucho se ha hablado sobre este tratado. En un principio se tomaron por verdaderas las falsedades publicadas por Fernando el Católico, así que la excusa para invadir Navarra les venía dada en bandeja de plata a los corifeos de la “guerra justa”. Con el tiempo se conocieron los verdaderos puntos del Tratado de Blois, que reflejaban el deseo de Navarra de permanecer neutral en todo el conflicto; por lo que los defensores intelectuales de la conquista se vieron obligados a hacer un giro de ciento ochenta grados y acusar a Navarra de que al convertirse en territorio neutral lo que estaba haciendo en realidad era transformarse en una amenaza para la “inocente y desprevenida” Castilla. De este modo se justificó, y se sigue justificando hoy en día, la necesidad de una “guerra preventiva” contra Navarra.

Lo importante de todo esto, más allá de absurdas obligaciones de fidelidad de Navarra hacia Castilla, es que Fernando el Católico mintió, tergiversó la verdad para poder tener una justificación más en su agresión hacia Navarra, convirtiendo a este documento en la tan necesaria excusa para invadir un reino independiente.

En Navarra los reyes veían que la situación se les estaba escapando de las manos, Fernando no quería negociar, quería la guerra. En un último intento por solucionar las cosas, los monarcas solicitaban a las Cortes la crea-

25. Esarte, 2001, pp. 76-77.

ción de un ejército compuesto por 300 soldados de caballería y 4.000 de infantería. El 17 de julio, justo cuando Fernando rechazaba las últimas propuestas de los embajadores navarros acusándoles de haber firmado el Tratado de Blois, las Cortes navarras otorgaron el dinero para que se iniciase el reclutamiento de tropas. Ya era tarde.²⁶

Dos días después, el 19 de julio de 1512, partía el ejército del duque de Alba amagando su marcha hacia Hondarribia para unirse a los ingleses en su ataque contra la Guyena. La farsa debía continuar hasta el último momento. Pero el 21 de julio, la poderosa formación militar entraba por la Barranca con un ejército de entre 15.000 o 17.000 hombres.²⁷

El resto es de sobra conocido. Unos 600 roncaleses hicieron frente a los castellanos en el paso de Oskia sin mucho éxito. Para la noche del 21, las tropas pernoctaban en Huarte Arakil y el 24 se presentaban ante las puertas de Pamplona. El 25 de julio de 1512, la ciudad, sin tropas suficientes para defenderla, inició las negociaciones para la entrega de la plaza. La respuesta del duque de Alba fue que las condiciones las ponían los vencedores, no los vencidos.

La familia real navarra fue enviada precipitadamente al Bearn y el rey Juan de Albret la siguió a los pocos días, desmoralizando por completo a las pocas tropas navarras que se encontraban en activo. Junto al monarca marchaban al exilio sus colaboradores más directos y fieles, entre ellos Juan de Jassu, el padre de Francisco de Xabier, quien debería volver a Navarra al poco tiempo por deseo expreso de su rey.

A Juan de Albret se le ha acusado de huir abandonando al reino a su suerte. Es completamente falso, otra más de las invenciones o excusas generadas desde el historicismo español para rebajar la violencia de la invasión.

26. Adot, 2005, p. 236.

27. Santamaría, 1994, p. 41, nota 1.

Pese a que su marcha provocó una sensible disminución de la defensa interna, la idea del monarca navarro era clara, debía llegar a sus Estados del norte para, junto a su aliado francés, preparar una respuesta adecuada al ejército que habían mandado los castellanos. El tiempo nos dará la razón.

Por lo que se refiere a Fernando el Católico, sólo le quedaba ir tomando una a una las diferentes villas y fortalezas que se negaban a entregarse y hacer oídos sordos a las pretensiones negociadoras de los reyes de Navarra. Lumbier caía el 10 de agosto, el 3 de septiembre quedaba bajo dominio español el Roncal, seis días después lo hacía Tudela y al poco San Juan de Pie de Puerto. La ciudad de Estella cayó también por estas fechas, pero el castillo se mantuvo fiel al rey Juan. De fines de julio a mediados de agosto de 1512, el reino independiente de Navarra caía bajo el impresionante poderío militar español.

Por su lado, viendo que la situación se les iba de las manos y que las presiones hispanas eran cada vez mayores, algunos nobles navarros que se habían quedado en el reino decidieron jurar fidelidad al nuevo señor. Como veremos más tarde, parecería que este juramento al soberano castellano fuese simplemente un acto de conveniencia a la espera de tiempos mejores que habrían de llegar. De nada servían los actos heroicos y las muertes inútiles, no era tiempo de hacer locuras. Había que esperar a ver cómo se asentaba la situación y actuar en consecuencia, de momento era preferible fingirle lealtad al invasor. Actitud ciertamente lógica que ha servido a los autores españoles para afirmar que los nobles navarros y la gente del pueblo también, pasaron a ser fieles a Fernando sin mayores traumas. Todo lo contrario.

En cuanto a los ingleses que habían estado esperando a Fernando para conquistar la Guyena, sólo podemos imaginar la cara de tontos que se les quedó al enterarse de la invasión de Navarra. El 1 de septiembre de 1512 el duque de Alba les invitaba a iniciar la ofensiva contra Bayona, pero ya habían comprendido que todo era una

farsa y no estaban dispuestos a malgastar ni tiempo ni tropas. Antes que hacer más el ridículo el comandante británico, marqués de Dorset, decidió reembarcarse en octubre para volver a Inglaterra, no sin antes dejar constancia de la repugnancia que le había producido la traición sobre Navarra.

¿Y las famosas bulas del Papa que tanto sirvieron en su momento para justificar el derecho de Fernando a invadir Navarra y por las que han peleado grandes autores a lo largo de la historia? Pues no llegaron a tiempo.

Las bulas en sí han sido gran objeto de polémica a lo largo de la historia. Durante un tiempo, el debate se centró en decidir si eran verdaderas o falsas, ahí estuvieron Campián y Pradera dirimiendo sus diferencias en apasionados escritos, pero lo que realmente importa de esas bulas es el sentido que se les quiso dar.

Las bulas han servido a los autores españoles para afirmar que la ofensiva de Fernando vino justificada por el apoyo que a éste le había dado el Papa Julio II, al parecer para ellos una autoridad por encima de lo natural, y por la excomunión de los reyes de Navarra. Para que nos entendamos, cuando un soberano era excomulgado por el Papa su poder quedaba en entredicho al no emanar de la suprema autoridad; si el Papa no lo reconocía como rey sus súbditos tampoco estaban obligados a ello y el reino quedaba vacante para quien tuviese la capacidad militar suficiente y, evidentemente, el apoyo del Vaticano.

Pero veamos la cronología de los hechos. Es de suponer que Fernando llevaba tiempo solicitando del Papa una bula que excomulgase a los reyes de Navarra para poder entrar a saco en el reino. Sin embargo, la velocidad de la burocracia vaticana ha sido siempre diferente a la del resto de los mortales.

La primera bula, habrá más de una como veremos, fue confeccionada el 21 de julio de 1512, el mismo día que las tropas del duque de Alba reventaban la frontera Navarra. Es decir, que de la supuesta autoridad moral y

espiritual de la que estaban imbuidos los ejércitos castellanos nada de nada. Su nombre: *Pastor ille caelestis*.

La bula en sí es una pequeña chapuza muy del estilo del Vaticano cuando no estaba muy interesado en forzar la situación. En la misma se advierte a todos los pueblos, en especial a “vascos” y “cántabros” –vascoparlantes del norte y del sur del reino respectivamente–, para que no apoyasen al rey de Francia ni a nadie que se opusiera a la Santa Liga bajo pena de excomunión.

Para enojo de Fernando, no aparecía explícitamente el nombre de los reyes de Navarra sino que divagaba sobre la situación de vascos y cántabros, y algunas de las disposiciones eran ambiguas y permitían interpretaciones. Pero lo peor de todo es que Fernando no la tuvo en sus manos hasta el 20 de agosto de 1512. ¡Un mes después de la invasión de Navarra!

Fernando apretó de nuevo las clavijas al Papa. Éste no ofreció mucha resistencia al estar delirando por la enfermedad, así que a saber cómo y quién fabricó realmente la famosa bula *Exigit contumacium*. Fue el último favor que el Papa hizo al monarca castellano. A los tres días Julio II moría.

La bula *exigit* está fechada el 18 de febrero de 1513, aunque durante muchos años se defendió que su datación era del 18 de febrero de 1512, lo que permitía a los historiadores españoles afirmar que Fernando ya tenía una bula en su poder cuando invadió Navarra. El fallo está en que por febrero de 1512 franceses y navarros estaban a la greña y eran de todo menos aliados –recorremos el caso del pretendiente Gastón de Foix– y que además, por aquel entonces, el Papa mantenía unas relaciones cordiales con los monarcas navarros.

Pero lo importante es que Fernando por fin tenía el documento que había pedido desde un principio. La bula hablaba de la alianza entre Navarra y la corona francesa y de la excomunión que, por ello, sufrían los reyes navarros. Poco importaba que hubiesen pasado ya ocho meses desde la conquista, con este documento Fernan-

do ya podía coronarse como rey de Navarra sin tener que andar disimulando.

Para entonces a Fernando el Católico ya no le interesaba tanto el momento de la llegada de las bulas había encontrado otras excusas igual de válidas para iniciar el ataque, como tenerlas a su disposición para poder usarlas a su antojo.

Es como si hoy en día una gran potencia decidiese atacar un país acusándolo de ser un peligro para la paz y la democracia, obviando para ello las resoluciones de la Naciones Unidas, a sabiendas de que, una vez consumada la invasión, la ONU, para evitar males mayores y no dejar a dicha potencia como un Estado agresor y criminal, no tendría otro remedio que tratar de legislar sobre los hechos ya consumados.

Las bulas llegaron tarde, pero fueron utilizadas a lo largo de los siglos como excusa para explicar porqué la conquista de Navarra había sido justa y necesaria. Una es de julio de 1512, la otra de febrero de 1513, y ambas son posteriores a la conquista. La deducción más simple es la de que Fernando el Católico carecía por completo del derecho moral para atacar a Navarra, ya que sus monarcas no estaban excomulgados oficialmente. Y así, eliminada la posibilidad de defender la invasión como una “guerra justa”, los historiadores españoles se vieron obligados a definirla como una “guerra preventiva”. Navarra fue invadida porque suponía un peligro para España.

Las excusas presentadas para justificar la actitud y las mentiras de Fernando el Católico son pretextos muy actuales. La neutralidad navarra era un peligro para Castilla, los franceses no eran neutrales y podían utilizar a Navarra en cualquier momento como vía de acceso a tierras españolas, había que invadir Navarra para asegurar la paz en la península, etc. Estas frases no difieren mucho de lo que hoy en día se ha convertido en uno de los mayores axiomas en el ámbito internacional: la acción preventiva frente a posibles Estados “terroristas”.

1512. El primer intento de recuperación del reino

No nos cansaremos de repetir en estas páginas uno de los mayores errores de concepto que existen sobre lo que supuso la invasión de Navarra en 1512 y lo ocurrido en años posteriores. Y es que la mayoría de autores españoles sentencian el asunto navarro diciendo que la invasión fue rápida y casi incruenta, como si de una puñalada en el corazón se tratase. Eso al parecer les sirve para argumentar su teoría de que tampoco fue para tanto, ya que no hubo una guerra larga ni hubo grandes matanzas. Si por esto fuera podemos recordar que Hitler invadió Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia en poco menos de un mes.

Lo que no explican es que, en realidad, hubo una guerra que duró como poco nueve años (de 1512 a 1521) en la que se perdieron infinidad de vidas, y por culpa de la cual el reino quedó exhausto. Evidentemente, durante todo ese período de tiempo las acciones bélicas de importancia no se produjeron sino en momentos puntuales (sitio de Pamplona, Isaba, Noain, Maya, Hondarribia), pero tampoco nadie es tan iluso como para pensar que la Guerra de los Cien Años fue un continuo y constante enfrentamiento militar.

Tampoco pueden negar la tensión y los enfrentamientos esporádicos que se produjeron tras los grandes momentos bélicos de 1512, 1516 y 1521. Y es que las grandes operaciones guerreras no fueron más que los picos de sierra de una situación tensa, violenta y difícil. Además, una cosa es remarcar en el ámbito histórico los momentos álgidos de la lucha por la libertad de los navarros (1512, 1516 y 1521), y otra muy diferente caer en la trampa de convertir esas fechas en cuestiones puntuales y ajenas al momento histórico en el que se desarrollaron, como si los navarros hubiesen vivido el resto del tiempo transcurrido entre esas fechas de forma idílica y pacífica.

Todos los cronistas de la época, y la propia documentación de los oficiales invasores, nos demuestran

que existía una *resistencia* dentro del reino. Los españoles no se fiaban de casi nadie, pero también es cierto que un grupo interno de resistentes no suele estar capacitado para acabar con un ejército regular y profesional ¿O acaso hubiese podido la resistencia francesa acabar por sí sola con la ocupación alemana durante la Segunda Guerra mundial? ¿Pudieron los bosnios detener el empuje de las formaciones serbias durante la guerra de Yugoslavia? Claro que no. Sin embargo, eso no significa que no hubiese un movimiento en contra de los ocupantes; en el caso de Navarra ocurría lo mismo.

Como ya se ha visto, todavía no las tenía todas consigo el monarca aragonés. En agosto de 1512 no sabía si la conquista iba a sentar mal o bien en el ámbito internacional, aún no le había llegado la bula adecuada que excomulgase a los reyes navarros y que le permitiese tomar el título de rey de Navarra, y encima esperaba la reacción de los navarros ante el ataque.

Por todo ello, y para disimular mientras se asentaba la conquista, Fernando se intituló en un principio no como rey de Navarra sino como “depositario” del reino de Navarra. Una simple estratagema hasta haber asegurado sus nuevas posesiones. Esta mentira también alcanzó de nuevo a todos sus colaboradores. Al Papa le escribió dos cartas informándole de que sólo tomaba el reino de manera temporal hasta que se resolviese el asunto de la excomuniación de los reyes de Navarra, y a los beaumonteses les debió de ir con una cantinela similar dada la mala reacción de éstos tras ver que Fernando se quedaba definitivamente con Navarra.²⁸

Dentro del reino Fernando trató de comprar a todos los que pudo, confirmó los fueros de las villas y poblaciones que se le presentaron –en ocasiones ni se preocupó por ver si los privilegios eran verdaderos o falsos–, perdonó a los que se le habían opuesto y entregó dones y gracias a todo aquél que le apoyó. En contraposición

28. Huici, 1993, p. 86.

todos los sospechosos de colaborar con los reyes legítimos fueron juzgados con la máxima severidad, teniendo que elegir entre la muerte o el exilio. En ese momento había que sobrevivir, desgraciadamente se acostumbrarían con los años.

Un par de meses después del golpe, los navarros reaccionaron. Los franceses pusieron de su parte tropas y pertrechos, ya que eso era lo acordado en el Tratado de Blois, y los navarros prepararon a sus hombres. Navarra estaba del todo incapacitada para formar un ejército del volumen y la capacidad operativa que exigía una campaña de este tipo, por lo que había que recurrir a un aliado poderoso para poder enfrentarse a los tercios españoles.

En realidad, este ataque iba a ser la respuesta a la agresión castellana, o sea que eso de que el reino cayó casi sin resistencia es un bulo muy bien publicitado. Al parecer, para algunos historiadores si la reacción defensiva no es inmediata, quiere decir que no hay resistencia, y si el pueblo invadido no se autoinmola en una lucha suicida contra el invasor, quiere decir que son colaboradores y que tampoco les importa mucho todo el asunto. Baste un ejemplo para demostrar que no siempre las reacciones son inmediatas. El 9 de diciembre de 1941 los japoneses bombardeaban Pearl Harbor iniciando así la guerra contra Estados Unidos. Éstos respondieron al golpe con el bombardeo de Tokio en abril de 1942, es decir, que la primera acción ofensiva estadounidense fue casi cinco meses después. ¿Significa eso que los norteamericanos no ofrecieron resistencia, ni tenían intención de hacerlo por no haber atacado directamente el 10 de diciembre de 1941? ¿No será que no estaban preparados y necesitaban rehacerse después del golpe?

Volvamos a 1512. El 30 de septiembre el rey de Navarra, Juan de Albret, publicó en Donapaleu un escrito en el que retaba a los españoles y les advertía de que si no negociaba la guerra se iniciaría de inmediato. El navarro advirtió, por lo tanto, de sus intenciones, costumbre muy de la época, pero que Fernando no se había molestado en respetar. A su vez, el rey decía querer aliarse con el

nieto de Fernando, el futuro Carlos I, para expulsar al aragonés del trono castellano –el Albret sabía de las malas relaciones que había entre Castilla y su soberano– y llamaba a los navarros del reino a la sublevación.

Como era de esperar nadie contestó a los requerimientos de Juan de Albret, por lo que a mediados de octubre el ejército de liberación se puso en marcha. Las órdenes eran precisas: una columna se dirigiría hacia Gipuzkoa para mantener ocupadas a las tropas castellanas allí acantonadas, otra penetraría hacia San Juan de Pie de Puerto para liberar la ciudad, y una tercera se dirigiría desde el Roncal hacia Pamplona.²⁹

La primera columna, unos 14.000 hombres entre caballería e infantería, penetró por Gipuzkoa sin muchas dificultades. Los ingleses se habían marchado poco antes dejando solas a las tropas castellanas allí establecidas. Poblaciones como Oiartzun o Irun fueron atacadas por las tropas navarro-gasconas, mientras se les ponía sitio a las plazas más importantes de Donostia y Tolosa. A los guipuzcoanos se les pagó con la misma moneda que ellos habían utilizado durante la conquista de Navarra.

La columna del centro se dirigió de inmediato hacia San Juan de Pie de Puerto. Allí se encontraba el duque de Alba, comandante en jefe de las tropas invasoras, que aún no había tenido tiempo de dominar toda la región. El ejército libertador estaba compuesto por unos 8.000 gascones y bearneses, 1.500 lansquenetes –tropas de elite de Europa central– y 1.000 navarros.

Estas cifras demuestran lo variopinto que era un ejército del siglo XVI. Ya se ha dicho que Navarra estaba incapacitada para formar uno del tamaño que esta campaña requería, por lo que le resultaban imprescindibles los aportes de sus aliados o de mercenarios pagados al efecto. De esta forma, queda sin argumentos la famosa teoría de que los ejércitos que actuaron en la liberación de Navarra eran franceses. Sí que estaban compuestos

29. Esarte, 2001, pp. 108 y ss.

en parte por tropas francesas, pero su finalidad era liberar el Reino de Navarra para reintegrárselo a sus monarcas legítimos.

Cuando se habla sobre la Segunda Guerra mundial, no se dice que los norteamericanos liberaron Francia sino que se utiliza el término “los ejércitos aliados”. Sin embargo, por aquellas fechas los contingentes franceses eran meramente simbólicos en comparación con lo aportado por Estados Unidos, siendo su comandante en jefe el norteamericano Eisenhower.

La idea de “afrancesar” a las tropas liberadoras fue una exitosa táctica publicitaria de Fernando el Católico que sirvió para negar la nacionalidad de aquéllos que luchaban por la independencia del reino. Tan buena fue la idea del aragonés, que iba a perdurar con los siglos.

Al duque de Alba no le quedaban muchas alternativas. No temía tanto al ejército que tenía enfrente como a las columnas de los lados que podían cerrarse aislándolo en la tierra de Ultrapuertos. La decisión se tomó de inmediato, debía de retirarse a Pamplona, pero dejando tropas en las plazas más importantes y arrasando los núcleos de población para así frenar el avance de las columnas navarras.

Juan de Albret, junto al general francés La Palice, entró con la tercera columna desde el Roncal. Para el 21 de octubre ya se encontraba en Burgui y había expulsado de allí a las tropas invasoras, amenazando peligrosamente el flanco del duque de Alba. El objetivo era alcanzar Pamplona lo antes posible, incluso antes que el duque, pero los diferentes focos de resistencia situados a lo largo del camino hicieron bien su función y detuvieron lo suficiente a los libertadores como para que el de Alba llegase primero a Pamplona.

Desgraciadamente, la coordinación entre los resistentes del interior y las fuerzas liberadoras del exterior fue un completo fracaso, aunque en realidad estamos hablando del siglo XVI y tampoco se les puede exigir una coordinación absoluta cuando todavía hoy en día,

por ejemplo, se suspenden ofensivas militares por cuestiones climatológicas. Los núcleos que se sublevaron –por ejemplo, la heroica actitud de Estella– fueron sofocados antes de la llegada de las tropas reales, por lo que a partir de entonces toda la acción se centró en la reconquista de Pamplona.

El 3 de noviembre de 1512, cuatro meses después de la violenta entrada castellana, quedaba formalizado el cerco para liberar la capital navarra. En su interior se instauró la ley marcial para que aquéllos que deseaban colaborar con los sitiadores no tuviesen la más mínima oportunidad de hacerlo.

El ejército sitiador contaba con unos 15.000 hombres, de los que aproximadamente la mitad eran navarros. En esta lucha iban a combatir navarros, iban a morir navarros e iban a ser derrotados los navarros. Sus aliados franceses estaban allí como fuerzas de apoyo para colaborar en la expulsión de los españoles, ganaban su dinero y de paso derrotaban a un enemigo común, pero su objetivo no era el de ganar nada para el rey de Francia. Así que de ejército francés nada de nada.³⁰

No interesa aquí relatar todo lo sucedido en el fracasado asedio de Pamplona pues ya ha habido buenos relatores de lo que allí ocurrió tanto de un lado como de otro. Brevemente, se puede decir que la climatología jugó en contra de los sitiadores, que el cerco no era del todo impermeable y llegaban pertrechos a los sitiados, que en el interior de la ciudad nadie podía hacer absolutamente nada más que colaborar con los españoles bajo pena de muerte, que las diferencias surgidas entre el rey de Navarra y el comandante del ejército francés, La Palice, no ayudó en absoluto al éxito del sitio y que la llegada de refuerzos castellanos desde tierras riojanas supuso el fin de este intento de reconquista. Finalmen-

30. Adot, 2005, p. 255.

te, el 1 de diciembre las tropas franco-navarras se retiraban hacia el puerto de Belate.

Lo que sí se debe resaltar, dado el gusto que tienen de afrancesar el tema algunos historiadores españoles y navarros, es la actitud de la nobleza y el pueblo navarro que allí combatió. ¿Por quién y para quién luchaban? ¿Por Francia o por su rey? ¿Por su patria tal vez?

La respuesta quizás nos la den los testimonios escritos por autores españoles que, como Luis Correa, estuvieron presentes en el sitio y vivieron de cerca los combates. Por fortuna contamos con dichos documentos, ya que al menos a ellos no se les puede acusar de estar a favor de los navarros. Como se ha dicho, Correa fue testigo directo de lo ocurrido durante los duros días de noviembre y debió de ver el famoso ataque realizado por los caballeros navarros para intentar entrar en Pamplona:

Puso [el rey Juan de Albret ordenó la disposición de las diferentes tropas para el ataque] en la delantera trescientos hombres d armas a pie con una bandera colorada, con ciertas bandas de oro en ella, a la cual todos aguardaban y juraron de no la desamparar. Estos caballeros eran los gentiles hombres del rey don Juan con muchos franceses que se apearon para tenelles compañía.³¹

Allí, bajo las murallas de Pamplona y en pleno noviembre de 1512, hubo trescientos caballeros navarros que se arremolinaron en torno a una bandera que el cronista no supo reconocer –nosotros sí, aunque la duda es saber si ese desconocimiento era voluntario o involuntario, dada la táctica española de negar la existencia de los navarros resistentes y por lo tanto de sus símbolos–, de color rojo y con ciertas bandas de oro, para jurar que no la abandonarían jamás. Cualquier literato podría hacer con estos mimbres una novela en torno a los patriotas navarros y a su lucha por la independencia bajo una bandera que hoy en día significa justamente todo lo contra-

31. Correa, 2002, p. 189.

rio. Pero negar que estos hombres iban al combate por su bandera y su patria es darle la espalda a la realidad. Eran patriotas, y los navarros deberíamos estar muy orgullosos de haberlos tenido en nuestra historia.

Volvamos al asalto. Los navarros y sus aliados, gracias a la artillería, consiguieron por fin abrir una brecha en la muralla defendida por los españoles. La reacción fue inmediata y todos marcharon hacia el lugar para tratar de mantener abierta la fisura del perímetro amurallado. Correa lo describe con gran exactitud:

A la hora la artillería jugó en un gran pedazo de muro que para entonces estaba guardado, el cual cayó con muy grande ruido y, no bien derribado, la gente se movió con buen continente, todos tras la bandera colorada y otra de alemanes, no tanto por el precio cuanto por la honra [...].³²

Conviene parar un momento para meditar. Resulta llamativa la ignorancia del cronista al no reconocer por segunda vez a esa bandera colorada, salvo que pretendiese ignorarla al ver en ella un símbolo de los independentistas navarros. Pero lo importante es que aquellos hombres se fueron tras ella porque su intención era la de que fuese la primera bandera en entrar a la ciudad. Quién nos dice que de haber triunfado el asalto no estaría hoy en día esa bandera en el Museo del Reino de Navarra como símbolo de la lucha por la independencia.

Hasta los propios cronistas castellanos hablan de la violencia de los asaltos y los denodados esfuerzos de los navarros por penetrar por las ruinas de las murallas en un combate cuerpo a cuerpo con los defensores de la ciudad. Ellos no luchaban por dinero ni por gloria, combatían por su rey, por recuperar la capital de su reino y por expulsar a los invasores extranjeros de su tierra. Hoy diríamos que combatían por su patria.

32. *Ídem*, p. 190.

Por si nos quedaran dudas de por quién luchaban los navarros en 1512, Correa nos da la última pista al relatar cómo una vez caída la muralla ambos ejércitos se encontraron cara a cara. En el fragor de la batalla, tal vez para templar los nervios, los hombres solían gritar lemas o frases que les hacía adquirir valor y segregar la suficiente adrenalina para el combate. Durante muchos siglos el elemento más usado para tales actitudes era alguna referencia a la patria, a la nación o a algún personaje característico que fuese un símbolo de un país –por ejemplo, San Jorge para los ingleses–. En este caso, Correa nos describe con todo lujo de detalles por quién luchaba cada uno de los presentes allí:

Ellos nombraban Francia, Alemania, Navarra; los nuestros España, Castilla.³³

Poco más se puede decir después de leer estos breves extractos, que cada cual reflexione como lo considere oportuno. Pero lo más lógico hace pensar que los navarros luchaban por recuperar su nación. No lo hacían ni por Francia ni por cualquier otro país, luchaban por el suyo propio, por recuperar su independencia.

Para desgracia de los vecinos de Pamplona las tropas de liberación se vieron obligadas a retirarse. Tal vez su intervención en determinados momentos hubiese sido decisiva, pero un levantamiento en el interior de la ciudad era muy difícil dado el estado de excepción en el que vivía la plaza. Sin embargo, los castellanos no tuvieron un buen recuerdo de la actitud de muchos de los ciudadanos de Pamplona. Para resarcimiento suyo, queden en la memoria las palabras de otro cronista de la época que advirtió sobre los pamploneses:

[Los españoles] Habían de guardarse las espaldas de los vecinos [...] con no inferior cuidado y no menos solicitud que de la cara de los enemigos.³⁴

³³. *Ídem*. p 196.

3. 1516. Navarra resiste

Derrota y muerte

El golpe de mano dado por los navarros a fines de 1512 le dejó muy claro a Fernando el Católico que había que actuar de inmediato a todos los niveles. La represión en el interior del reino fue la adecuada para conseguir asustar a unos y hacer huir a otros. Mientras, la mayoría de la población, a la vista de las tropas invasoras aceptaba, siquiera temporalmente, la situación.

Pero en el ámbito oficial quedaban aún muchas cosas por hacer. Los reyes de Navarra andaban por toda Europa tratando de buscar aliados que obligaran a Fernando a soltar su presa. Para su desgracia, Francia y España se habían dado un respiro a comienzos de 1513 firmando un tratado de paz cerca de Bayona. Aun así los monarcas navarros trataron en ese mismo año de actuar por su cuenta, para comprobar, una vez más, que sin la ayuda de una gran potencia les era imposible proceder contra los españoles. A comienzos de 1515 volvieron a intentarlo reuniendo dinero y tropas traídas desde diferentes puntos, había hasta mercenarios albaneses, pero no era el momento porque Francia seguía desinteresada en el asunto.³⁵

Por el lado de Castilla, Fernando tenía que darse prisa y oficializar la conquista mediante la imposición de un nuevo rey de Navarra: él mismo. Ni corto ni perezoso reunió las Cortes en Pamplona el 13 de marzo de 1513. Para los historiadores españoles estas Cortes son el fiel reflejo de que Navarra aceptaba de buen grado la conquista y reconocía a Fernando como su nuevo soberano. Tampoco podían decir otra cosa, son los conquistadores.

Para los historiadores navarros, al menos para los que no reciben un sueldo de la administración del Esta-

34. Esarte, 2001, p. 139.

35. Adot, 2005, pp. 256-257.

do, estas Cortes son una verdadera pantomima. María Puy Huici, historiadora navarra cuyo trabajo y calidad científica son irrefutables y poco amiga del nacionalismo vasco, afirma sin dudar que las Cortes estaban propuestas única y exclusivamente por beaumonteses, por lo que jurídicamente hablando carecen del peso que se les quiere dar. Evidentemente, en aquellas Cortes faltaban gran cantidad de hombres del reino que estaban expulsados, en el exilio, heridos o muertos.

Por poner un ejemplo, es como si se dijese que el gobierno colaboracionista francés de Vichy durante la Segunda Guerra mundial actuaba de forma independiente y sin presiones, pese a que el país estaba invadido por los alemanes. Nadie se creería tal falacia, entonces ¿por qué y quién encuentra en estas Cortes la voluntad de Navarra de unirse a Castilla?

Pero la cosa no quedó ahí. El virrey dedicó unas palabras a los allí reunidos para darles a entender que estaban perdonados y que si se portaban bien las cosas irían como la seda, pero que si no aceptaban de buen grado la situación las consecuencias serían nefastas:

Que si de aquí en adelante, lo que Dios no quiera, alguno le fallare culpado y que directa o indirecta cometiere o atentare o fiziere cosa alguna por si o por otro en su nombre, pública o secretamente, en offensa y deservicio de su Alteza [Fernando el Católico], que este perdón sea ninguno o de ningún efecto y vigor y, por el mismo hecho, sean punidos y castigados en sus personas y bienes, como culpados de y reos del crimen de lesa magestad.³⁶

Las Cortes de 1513 son unas Cortes fantasmas, en un reino invadido, con las tropas circulando por las calles, manteniendo el estado de sitio en la ciudad y con los cañones españoles aún humeantes y apuntando al pueblo de Pamplona. A eso se le llama coacción, no entrega vo-

36. Huici, 1993, p. 88.

luntaria, por mucho que algunos navarros quisiesen la anexión. Con la Baja Navarra ocurrió tres cuartos de lo mismo en octubre de 1514.

Hoy en día parece mentira que se sigan malversando los acontecimientos, diciendo simplemente que las Cortes navarras de 1513 aceptaron a Fernando como rey. Un ejemplo vulgar sería el de comparar esta actitud con la de decir que alguien entregó su dinero voluntariamente a pesar de estar siendo apuntado en ese momento con una pistola en la sien.

La segunda jugada de Fernando, una vez obtenida la aquiescencia de las pseudo Cortes navarras, fue buscar la manera de integrar la corona de Navarra dentro del entramado monárquico español. Tenía varias opciones, o reintegrarla a la corona de Aragón, como estuvo en tiempos medievales, o incluirla en la corona de Castilla. Al final se decidió por esta última opción y el 11 de junio de 1515 se reunían en Burgos los más destacados nobles castellanos para formalizar el acta de unión de Navarra a Castilla.

Pero hay algo que llama la atención: si la unión fue voluntaria y de igual a igual ¿cómo es posible que no aparezca ningún representante navarro en las actas? No sólo no había ni un navarro en dicho acto de incorporación oficial de Navarra sino que tampoco había siquiera algún beaumontés que pudiera aplaudir la tan deseada unión. Evidentemente, fue una unión deseada por Castilla pero no por Navarra.

Fue una mascarada más de los españoles que se ha alargado en el tiempo y que ha servido a los conquistadores para justificar un acto tan ilegal como es la anexión de un Estado independiente a otro. También podrían haberse reunido una serie de notables castellanos en las Indias y haber proclamado la unión voluntaria y *equie-principal* de América a la corona española. Seguramente, una cosa así sería hoy en día tratada por todos los historiadores americanos como una farsa absurda e hipócrita.

Ésta era la situación de Navarra al llegar el año 1516. Por aquellas fechas los reyes de Navarra volvieron a mover de nuevo sus piezas en el tablero diplomático para conseguir apoyos internacionales que obligasen a Castilla a devolver lo robado. Incluso se intentó negociar la restitución del reino con el propio Fernando el Católico, pero quien contestó a ese llamamiento fue el cardenal Cisneros, informando de que por enfermedad del soberano este tema lo dilucidarían el joven príncipe de España Carlos y el rey de Francia Francisco I.

La respuesta de los soberanos navarros fue contundente. En primer lugar, no había nada que discutir, porque ni el uno ni el otro eran los reyes legítimos de Navarra. En segundo, porque Fernando hacía dos días que había muerto cuando el cardenal Cisneros escribió la carta, por lo tanto se les estaba mintiendo.

La muerte de Fernando supuso un alivio para toda Navarra. Finalmente, desaparecía el hombre que había ideado todo el plan, los nobles navarros quedaban desvinculados del juramento de fidelidad que le habían hecho y los exiliados veían, en esta ausencia de un hombre fuerte en el trono español, una oportunidad inmejorable para lanzar un nuevo ataque.

Una breve reflexión. Tampoco es la intención de este trabajo la de mostrar a un Fernando demoníaco y digno de los horrores del infierno. Era un hombre de su tiempo y obró en consecuencia, así que las críticas no se dirigen tanto a su actuación como a aquéllos que, incluso en pleno siglo XXI, siguen justificando sus acciones contra Navarra.

En Navarra las cosas no iban nada bien bajo el punto de vista castellano. La muerte de Fernando suponía un vacío de poder y las cosas en el interior del reino estaban cada vez peor. Los espías castellanos, numerosísimos por aquellas fechas tanto en la Alta como en la Baja Navarra, informaban de que los agramonteses mantenían contactos constantes con sus reyes para preparar un nuevo intento de liberación, pero lo peor aún estaba por llegar.